Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP

EL CABALLERO

COMEDIA FAMOSA DE

DIRI

A PEDRO D

Comencé esta décimaquinta parte de mis comedias con el nombre del insigne jurisconsulto don Francisco de la Cueva y Silva, y doile fin con el de v. m., para engastarla en dos tan preciosas piedras, y porque entre los dos, como en tan alta esfera, sirva mi voluntad de línea equinocial, círculo verdadero, y no imaginario, como el celeste que pasa por medio del mundo de Levante a Poniente, en igual distancia de los dos Polos, para que el sol de tales ingenios iguale en mi amor el suyo, como el del Cielo, en ella, los días y las noches. He deseado a v. m. sumamente el premio de sus estudios y de este raro entendimiento; pero confieso que le he dudado, porque ya para él son rodeos los méritos, no por defeto de los Príncipes, de quien dijo quien pudo: *In quibus non est salus*, sino de la fortuna, que, por opinión del filósofo, los desampara. Preguntó a un hombre Júpiter, en las antiguas fábulas, por un agradable sacrificio que le había hecho, cuál quería más, riqueza o ingenio, el hombre (más codicioso de honra que de tesoros, pues él alcanza a ser inmortal y ellos no pasan, con el dueño, del límite de la vida), y respondió que más quería el ingenio; diósele Júpiter; fué gran filósofo, astrólogo y aritmético; mas viendo que pocos entendían sus estudios y que ninguno se los premiaba, alzando los ojos al Cielo, dijo:

"¡Oh, Júpiter: si dieras
a todos un ingenio como el mío,
premiaran mis estudios!
Mas ¡ay, que es desvarío,
pues si lo mismo que yo sé supieran,
ningún premio me dieran.
¡Dame riqueza, Júpiter divino!
Pues el que ignora, sea bajo o grave,
está contento con saber que sabe."

Y aquí me parece que los dos versos de Virgilio en la *Geórgica* (allá verá v. m. la ocasión por que los dijo), si quiere aplicarla a los poderosos (tomando la alegoría de aquellas aves), vienen muy a propósito:

Haud equidem credo, quia sit divinitus illis,
Ingenium, autverum fato prudentia maior.

Los escritos de v. m. ya tienen premio, o impresos o manuscritos, entre los hombres doctos y que con desapasionados juicios advierten la doctrina, la elegancia, la locución, el ornamento, la copia de tanta variedad de letras humanas y inteligencia de negocios, así extranjeros como nuestros, así del Estado como de la guerra, políticos y eclesiásticos; pero tal vez la naturaleza, en su divina música, no

tiene por menos arte dar una consonancia en vacío; v. m. me entiende:

Qui sit Maecenas, ut nemo quam sibi sortem,
Seu ratio dederit, seu sors obiecerit illa
Contentus vivat.

Y lo demás de aquel elegante discurso del poeta Horacio, en esta parte moral filósofo; pero, realmente, es bueno para la especulación y el desengaño; mas no me conformo con que, habiéndose de vivir a la puerta del premio y de la honra, veáis que se da a quien no le merece, y que falta a la virtud y estudios, pues también toca a la opinión que os estimen si la multitud más juzga por los lugares que por los méritos.

Povera e nuda vai Philosophia,

dijo el Petrarca; mas, porque no me obligue a reprehensión de mí mismo, lo que Garcilaso dijo a Boscán:

"Que a Sátira me voy mi paso a paso,
y aquesta que os escribo es Elegía."

Reciba v. m. en su protección a EL CABALLERO DEL MILAGRO, que no lo será pequeño tener para sus fábulas tan excelente Demóstenes por oyente, que, con respeto suyo, no sólo se levanten los demás, pero le den aplauso. Dios guarde a v. m. con los bienes que le deseo.

Su capellán y aficionado servidor,

LOPE DE VEGA CARPIO.

FIGURAS DE LA COMEDIA

ISABELA.
BEATRIZ.
OTAVIA.
FILIBERTO.
LEONATO.
LUZMÁN.
TRISTÁN, *criado.*
CAMILO.
PATRICIO, *viejo.*
EUGENIO.
PACHÓN, *lacayo.*
FABIO, *paje.*
LOMBARDO, *criado.*
LOFRASO.
HOSTALERO.
ALGUACIL.
DEOFRIDO.
TULIO, *paje.*

Representóla Vergara.

ACTO PRIMERO

(*Salen* LUZMÁN, *gentilhombre, y* TRISTÁN, *criado.*)

LUZMÁN. ¿Vengo bien puesto, Tristán?
TRISTÁN. Peregrino talle tienes.
LUZMÁN. Si vengo bien, digo.

TRISTÁN. Vienes
por todo extremo galán.
LUZMÁN. Eso sólo te pregunto,
que ya yo sé que en mi talle
puso, el que pudo formalle,
su poder y gusto junto.
Errar vestirme recelo,
que lo hecho mal podría:
vestirme es a cuenta mía,
el talle, a cuenta del Cielo.
Y el Cielo no pudo errar,
que cuando tomó consejo
con el cristal del espejo,
el sol no pudo envidiar.
En una borrada copia,
para hacer mi gentileza,
dió el Cielo a Naturaleza
su poder en causa propia.
Fué como diestro pintor:
diseñóme al natural
y dejóme al oficial
que me acabase mejor.
Es del Cielo el artificio,
el borrón y la destreza,
y de la Naturaleza
las colores y el oficio.
TRISTÁN. Has hecho un discurso breve
del Cielo y de tu hermosura.
LUZMÁN. Creo que a la compostura
alguna cosa se debe;
y aun es razón que le den
lo que yo no pienso dalle,
que mil hombres de mal talle
vestidos parecen bien.
¡Ah, si durara el estado
de nuestros padres primeros,
que andando todos en cueros
se viera el mejor formado!
Cuál hay que con calza larga
encubre lo que es mal hecho,
y cuál con lana del pecho,
o de la espalda, la carga;
cuál el brazo, cuál la pierna
con el jubón o la calza,
porque así la baja o alza
como a ser de cera tierna;
cuál el pie con la chinela
o con el corcho lo falto,
y cómo a parecer alto
el que es bajo se desvela.
Pues en llegando a las damas,
no hay fea, no hay fiera o mostro

que no curen más del rostro
que de sus obras y famas.
Cuál, con unto de caballo,
crece el pelado cabello;
cuál quita con hilo el vello,
que es lo mismo que pelallo;
cuál, con canas, lo ennegrece,
y si por dicha está calva,
de este peligro se salva
y con cabello amanece;
cuál lo enrubia si está cano,
o, por quererse alegrar,
con jengibre de dorar,
oro chico y palo indiano.
Ver las vanas composturas
del rostro, las redomillas,
tuétanos de manecillas,
unto de gato y criaturas;
las mudas para trocarse
de aquel ser en otro ser,
cual si fueran menester
achaques para mudarse;
zumo de zadiva y lirios,
de abenate y limón agro,
que para hacer un milagro
pasan docientos martirios.
Verlas hacer serafines
con mil pomos y bujetas
del aceite de violetas,
de almendras y de jazmines;
el mostillo y vinagrillo,
taragontia, dormideras...

TRISTÁN. Deja esas vanas quimeras,
que no es de tu honor decillo,
ni se puede comprender
proceso tan infinito.

LUZMÁN. ¿Yo qué les pongo ni quito?

TRISTÁN. Más sabes que una mujer
y callar será mejor,
por que alguna no disfame
los hombres, si algún infame
se ha puesto afeite y color;
que más de alguno habrá sido
de Heliogábalo retrato.

LUZMÁN. ¿Cuándo tú me has visto ingrato
al ser de que fuí nacido?

TRISTÁN. ¿Cuándo? ¡Oh, qué bien lo acomo-
Mas cuando tú no lo fuiste, [das!
que sólo de ellas naciste
para burlarte de todas:
que habiendo nacido de una,
y que alguna te da ser,

yo no te he visto querer
de veras mujer ninguna.
Esto es más claro que el sol,
y que muchas que te aman
por toda Roma te llaman
el arrogante español.
¿De qué sirve componerte?
¿Para quién te vistes galas,
si no es que a Narciso igualas,
como en el talle, en quererte?
No te quieras tanto a ti
que a ninguna mujer quieras,
pues que gozarte no esperas
si alguien no goza de ti.
No hay cosa que más desee
ser vista y comunicada
que la hermosura extremada
en aquel que la posee.
Por hallarse una mujer
en el espejo hermosa,
viene a ser tan amorosa
al que la viene a querer.
De modo que no eres bello,
pues que no te comunicas.

LUZMÁN. Tarde consejos me aplicas.

TRISTÁN. Matarte tiene el cabello.
Morirás como Absalón,
pues que de tantas mujeres
ninguna estimas y quieres,
siendo el quererlas razón,
y aborrecerlas repugna
la naturaleza de hombre.

LUZMÁN. No es razón que eso te asombre
pues no me agrada ninguna,
y el querer no es elección,
porque ha de ser accidente.

TRISTÁN. Quererte tan tiernamente
¿no ha de moverte afición?
¿El Amor no obliga a amor
y a justa correspondencia?

LUZMÁN. En mí verás la experiencia,
Tristán, de tu falso error:
yo aborrezco siendo amado,
y a quien me adora desprecio.

TRISTÁN. Mucho es porque no eres necio,
si no lo es ser confiado.
¿Cómo no quieres a quien
con tanto extremo te adora?

LUZMÁN. Diréte la causa agora,
y la disculpa también.
Considero en las mujeres
mil faltas y liviandades,
locuras y libertades

y diversos pareceres.
Las que para ser queridas
exterior belleza tienen,
ya por el alma a ser vienen
justamente aborrecidas.
Las que el alma tienen tal
que sus malicias reforma,
tienen el cuerpo de forma
que es a Lucifer igual.
Por esto, generalmente,
las aborrezco y maltrato.

TRISTÁN. ¿Tú eres hombre?

LUZMÁN. Sí.

TRISTÁN. ¡Y qué ingrato!
Pero escucha atentamente,
diréte de su valor
lo que no podrás negar.

LUZMÁN. Yo no te quiero escuchar.

TRISTÁN. Pues ¡quién venciera tu error!

LUZMÁN. Por no oír decir bien de ellas
no te escucho; pero advierte
que el tratallas de esta suerte
me está más bien que querellas;
que, como no me amartelo,
puedo engañar cuantas miro.
Ya finjo el "¡Ay!" del suspiro,
ya la lágrima, ya el celo,
ya la desesperación,
y todo aquesto que ves
es por mi propio interés,
que mis tributarias son.
¿Ya no has visto que me dan
todo lo que juego y visto?

TRISTÁN. Ya de sus joyas te he visto
rico, bizarro y galán.

LUZMÁN. Si de una me amartelara,
¿qué fuera de mí?

TRISTÁN. ¡Detente!

(*Sale* OTAVIA, *dama.*)

OTAVIA. ¡Con mujeres sois valiente!
¡Yo os haré cruzar la cara!
¡Volved acá, fanfarrón!

TRISTÁN. Otavia, señor, es ésta.

OTAVIA. Yo os haré dar la respuesta
de tan infame razón.
¿Atrevimientos a mí
y presumir de lo bravo?
Pues aunque me dé a un esclavo...

LUZMÁN. Yo lo soy, y estoy aquí.
¿Qué es esto, gentil Otavia?
¿Cómo o con quién has reñido?
¿Quien te agravia no ha sabido

que mi propia vida agravia?
Sosiega el sol alterado,
si no es que quiere llover
sobre quien hoy pudo ser
la ocasión de este nublado;
que si la cierta esperanza
de vengarte no te anima,
de lo que el mundo me estima
tomará el tiempo venganza.
¿Quién es ese medio muerto
que ha puesto lengua en tu fama?

OTAVIA. El que hoy a la tuya infama
de tus hazañas incierto;
un hombre que ya se fué,
y con eso se acabó.

LUZMÁN. Luego ¿no lo sabré yo?

OTAVIA. ¿Tú, mi vida, para qué?

LUZMÁN. Para sacalle la lengua
que movió para tu agravio.

OTAVIA. Menos valiente y más sabio.

LUZMÁN. Hablas en mi daño y mengua.
¿Quién te ha ofendido? ¿Quién era
aquel de quien te quejabas?

OTAVIA. Si supiera que aquí estabas
mi enojo y voz reprimiera,
que no te quiero yo a ti
para pendencias, mi bien.

LUZMÁN. Pues eso ha de hacer también
la que me quisiese a mí;
y pues para sólo el gusto
como cobarde me tienes,
y el disgusto con que vienes
no es para darme disgusto,
quédate adiós, que en tu vida
te pienso volver a ver.

OTAVIA. ¿Cómo, mi bien, puede ser
si está de la tuya asida?
Vuelve, que mi mucho amor
negar la causa me hacía,
que mal creerá cobardía
quien conoce tu valor.

LUZMÁN. Que no me des por disculpa
que eso causó tu afición;
yo conozco tu intención
y la razón que te culpa.
Ese que tú prometías
te sabrá mejor vengar.

OTAVIA. ¿Querrásme agora matar
como otras veces solías?
Oye y diréte quién es.

LUZMÁN. De saber mejor me holgara
quién te vengara y matara
esos dos y a mí después;

que pues hay quien me desprive,
mis manos me matarán.

OTAVIA. Si en mí no vive Luzmán,
no es alma la que en mí vive.
Sosiega, león, el pecho,
amaina la colerilla,
que esta esclava se te humilla
tuya por justo derecho.
Tú eras quien yo decía,
como si ya le nombrara,
que cruzaría la cara
a quien ofendió la mía.
Y por que sepas quién fué
el de este bellaco trato,
era el alférez Leonato,
hombre que doy con el pie.
Este, que me ha perseguido
como aborrecido amante,
hoy se me puso delante,
más que discreto, atrevido,
porque unas cintas compraba
en casa de un milanés,
y como grande interés
cinco o seis varas pagaba.
A quien yo dije al instante
que para sí las pidiese
y a sus zapatos hiciese
servicio tan importante,
porque quien me diese a mí
niñerías de galán
era en el mundo Luzmán,
y así le dejé y me fuí.
Respondió que pagaría
las cintas al milanés,
y que en manos, y no en pies,
después las ocuparía.
Que a Guzmanes cortesanos
y a hombres como tú eres
con cintillas de mujeres
les solía atar las manos.
Repliquéle que mentía
y tiróme un bofetón,
que imagina el fanfarrón
que fué tu lengua la mía.
Llegó...

LUZMÁN. No me digas más.
Entrate en tu casa luego.

OTAVIA. Escucha un poco.

LUZMÁN. ¡Reniego!

OTAVIA. Mira, mi bien...

LUZMÁN. ¿No te vas?

OTAVIA. Ya me voy.

LUZMÁN. Vete y no esperes

moverme con cuentos vanos.
¿A mí Leonato las manos
con cintillas de mujeres?

OTAVIA. Que no me...

LUZMÁN. ¡Por vida de...!

OTAVIA. Ya me voy; detén la daga.

LUZMÁN. ¿Quieres, por dicha, que haga
disparates?

OTAVIA. Yo me iré.
(Tristán, no le dejes ir;
repórtale por un rato.)

(*Vase* OTAVIA.)

LUZMÁN. ¿A mí las manos Leonato?
¡Hoy Leonato ha de morir!
¡Hoy arrancaré su lengua!

TRISTÁN. ¿Podré mirarte?

LUZMÁN. Podrás,
que de palabras no más
a nadie resulta mengua.

TRISTÁN. Pues ¿has de hacer lo que dices?

LUZMÁN. Antes tengo pensamiento
de intentar un fingimiento
que alabes y solenices.

TRISTÁN. Luego ¿no le buscarás?

LUZMÁN. Soy oveja y león me pinto.
¿Ya se te olvida del quinto
que dice: "No matarás."?
A un hombre tan gentilhombre
le está muy mal ser valiente,
que no es negocio decente
para conservarse un hombre.
Si toda aquesta belleza
presumiese aventurar,
¿tú no ves que es agraviar
la misma naturaleza?
Antes de la misma suerte
es lástima conocida
que haya de tener mi vida
el límite de la muerte.
Yo soy propio cortesano,
puesto que liciones tomo.
De milagro visto y como,
juego, triunfo, pierdo, gano,
tengo mujeres y amigos
y en todo buena opinión.

TRISTÁN. Pues éstos pienso que son.

LUZMÁN. ¿Quién?

TRISTÁN. Tus propios enemigos.

(*Salen* LEONATO *y* CAMILO.)

LEONATO.

En fin, es imposible que se ablande.

CAMILO.

¿Tanto a Luzmán adora?

LEONATO.

Pierde el seso.
No hay quien como él su casa rija y mande.
Juzgaldo vos por el presente exceso.

CAMILO.

¡Que un hombre como vos se pierda y ande
en la solicitud de un mal suceso
por una, en fin, mujer interesable!

LEONATO.

Palabra os doy que es en extremo amable.

CAMILO.

¿Qué tiene?

LEONATO.

Bellos ojos, bellas manos,
bello mirar gracioso, boca bella...

CAMILO.

¡Qué bellosa mujer!

LEONATO.

¿Donaires vanos
al tiempo que me veis morir por ella?

CAMILO.

Presto veréis sus imposibles llanos,
si agora su desdén os atropella,
que de cualquier mujer (1) sabemos esto,
que de un extremo en otro pasan presto.
Y porque este negocio siempre es maña,
y se altera y deshace con la fuerza,
no habéis de hacer la prometida hazaña,
pues la palabra a mal hacer no fuerza;
fuera de que Luzmán salió de España,
cosa que a procurar honor esfuerza,
y ya sabéis la presunción que tiene
el villano más vil que de allá viene.
Ansí, ¿pensáis poder atar los brazos
con una delicada y tierna cinta
a quien tiene opinión de hacer pedazos
al mismo Marte y a su esfera quinta?
Haced más fuertes esos tiernos lazos.
Desnudo Amor la antigüedad le pinta.
No con cintas de seda a quien agravia,
con lazos de oro atad la mano a Otavia.
Récipe, dice el interés: dinero,
uncías, las que el enfermo demandare,

(1) En la edición de la Viuda de Alonso Martín, "persona"; pero el verso queda largo.

y sanará del corazón primero
que el mismo pensamiento imaginare.
Mortal es el enfermo, el daño fiero
cuando esta santa epítima faltare.
Yo hablo como diestro cirujano:
¿queréis negociar bien? dinero en mano.

LEONATO.

Altamente, Camilo, me aconseja.
Mas ¿qué he de hacer si prometí matalle?

CAMILO.

¿Cómo matar, que es fábula y conseja?
Yo haré con él que os lo perdone y calle.
¿Qué cena apercebida que le deja
o qué dineros que pensaba dalle?
Si tal palabra os pide, que me maten.

LEONATO.

¡Qué extraños pensamientos me combaten!

CAMILO.

¿Dónde traéis las cintas?

LEONATO.

He querido
tratar como a favor lo que es agravio.
En la toquilla están, porque éste ha sido
el puesto donde más mi honor agravio;
que como ya los cuernos me han salido,
imito a Midas desdichado y sabio:
él los cubrió con hiedra y yo con cintas.

CAMILO.

¡Válame Dios y qué Macías te pintas!

LUZMÁN.

(Aquí, Tristán, te espera, y verás presto
cómo de todos vitorioso salgo.)
Huélgome de que estéis en este puesto
si por ser español, señores, valgo,
y pues favorecer es caso honesto
fuera de su nación un hombre hidalgo
que de un peligro en este punto escapa,
prestadme ese sombrero, espada y capa.
Que de un celoso puedo fácilmente,
mudando el traje, ser desconocido,
y impórtame llevarle diferente,
ser otra vez adonde fué admitido;
atrévome a los dos seguramente
por ser de mi nación favorecido,
y porque juntamente con aquesto
desocupado me dejéis el puesto.

LEONATO.

Por vuestro talle os soy aficionado
desde que en Roma os vi la vez primera,

y sé que me debéis este cuidado
de que de espacio larga cuenta os diera;
pero pues que venís tan ocupado,
menos servicio deteneros fuera.
Esta es mi capa, espada y mi sombrero,
y la persona que ofreceros quiero.

LUZMÁN.

Después me habéis de hacer merced, y agora
será mayor desocupar la calle
para que el dueño de ésta, mi señora,
me vea en diferente forma y talle.

CAMILO.

(Este es Luzmán, el que tu dama adora.

LEONATO.

¿Este es aquel que prometí matalle?
Mas piénsola engañar con su vestido
diciendo que a mis pies quedó tendido.

CAMILO.

Cumplirás tu palabra de esa suerte.)

LEONATO.

¿Dónde os tengo de hablar?

LUZMÁN.

Aquesta tarde,
junto al castillo de Santángel fuerte.

LEONATO.

Pues, alto. Dios os guíe.

LUZMÁN.

El mismo os guarde.
¿Tristán?

TRISTÁN.

¿Señor?

LUZMÁN.

¿Qué dices de esta muerte?

TRISTÁN.

Que eres muy cuerdo. (Iba a decir cobarde.)
¿Qué trueco es éste?

LUZMÁN.

Que lo entiendas quiero:
por cogelle las cintas del sombrero.

TRISTÁN.

Pues ¿qué has de hacer con ellas?

LUZMÁN.

Ir a Otavia...

TRISTÁN.

Di lo demás.

LUZMÁN.
No es tiempo que lo entiendas.

TRISTÁN.
¿Engañarla querrás?

LUZMÁN.
Pues ¿no?

TRISTÁN.
Es muy sabia.

LUZMÁN.
¿A quién no engañarán aquestas prendas?
Ella sabe que son de quien la agravia.

TRISTÁN.
Y ¿cómo podrá ser que te defiendas
del alférez después si entiende el caso?

LUZMÁN.
Pues ese es el milagro.

TRISTÁN.
Este es Lofraso.

(*Sale* LOFRASO, *criado.*)

LOFRASO. Albricias pudieras darme,
señor Luzmán; si tuvieras
con qué pagarme, pudieras
peligroso aventurarme.
Hoy, después que te dejé,
desde Santiago a la plaza
te he levantado una caza.
LUZMÁN. ¿Buena?
LOFRASO. Milagrosa, a fe.
LUZMÁN. Traslada, Lofraso mío,
del cartapacio dos bellos
sonetos.
LOFRASO. ¡Qué bien con ellos
me defenderé del frío!
¿Qué jubón se le desmanda?
LUZMÁN. Muy presto le has de tener.
TRISTÁN. (De azotes había de ser,
por el oficio en que anda.)
LUZMÁN. Cuéntame lo que has hallado,
ventor de caza sabrosa.
LOFRASO. Una mujer muy hermosa.
LUZMÁN. Lejos de mi intento has dado.
Lo que yo te dije ayer,
y lo que Luzmán desea,
es mujer mayor y fea,
mas rica y noble mujer;
que mi intención es pelar
mujeres de este jaez.
TRISTÁN. Tanto pelas, que una vez

pelado habrás de quedar.
Déjale decir lo que es.

LUZMÁN. Di, veamos.

LOFRASO. Si ésta es rica,
hermosa y bella, ¿qué implica?
Pues hay gusto y interés.

LUZMÁN. ¿Qué nación?

LOFRASO. Es veneciana.
Mujer de un Patricio viejo.

LUZMÁN. ¿Viejo?

LOFRASO. Sí.

LUZMÁN. ¡Gentil espejo
para una mujer lozana!
Miraráse en sus antojos,
pero no podrá cumplillos.

LOFRASO. Tú podrás mejor suplillos,
que tienes claros los ojos.

LUZMÁN. En fin, ¿te parece a ti
que me ha de querer?

LOFRASO. Querrá.

LUZMÁN. ¿Y que me dará?

LOFRASO. Dará.

LUZMÁN. ¿Eres eco?

LOFRASO. Señor, sí.

TRISTÁN. Cosa que dieses en seco,
señor, con estos regalos;
porque si dijeses palos
lo mismo responde el eco.
Déjate de esto y advierte
en la confusión que estás,
y que prometido has
dar a Leonato la muerte.

LUZMÁN. Para todo habrá lugar.

LOFRASO. Oye, señor ¡pesia mí!
Gente nueva viene aquí.

(*Sale una dama francesa de camino, llamada* BEATRIZ, *y un galán suyo soldado,* FILIBERTO, *y un* CRIADO *detrás.*)

BEATRIZ. ¡No me acabo de admirar!
¡Qué bravas torres y templos!
¡Qué soberbios edificios!
¡Qué de ruïnas, indicios
de los pasados ejemplos!
¡Qué bravo espacio que toma
entre esos montes su asiento!
Mas ¿cómo alabarla intento?
¿No basta decir que es Roma?

FILIBERTO. Esta fué, Beatriz hermosa,
del mundo la gran cabeza,
que sólo tu gran belleza
la iguala en el ser famosa.
Esta fué la antigua madre

de Césares y Cipiones,
hija de aquellos varones
que a Marte tienen por padre.
Esta fué la patria bella
de Fabricios y Torcatos,
y de los Claudios, ingratos
al bien que heredaron de ella.
Aquí Virgíneo (1) mató
a su hija; allí Lucrecia,
antes loca y después necia,
hierro con hierro sacó;
quemóse la mano Mucio,
y echóse en el hueco espacio
sobre su caballo Horacio.

(LOMBARDO, *criado.*)

LOMBARDO. Pregúntale si era rucio.—
¡Pesar de quien me vistió!
Ves que posada no hallas
y estamos en antiguallas
si erró Lucrecia o si no.
¿Qué le va agora en saber
si Horacio se echó a caballo?
¿No habrá tiempo de contallo
cuando acabes de comer?
De la comida acabada
dicen que la fiesta es
contar fábulas después,
que antes es burla pesada.
No hemos hallado mesón
y andamos de calle en calle,
y agora querrás contalle
la vida de Cicerón.

FILIBERTO. Bien dices para tu gusto,
que no hay historia que sepa
sino el vino que le quepa.

LOMBARDO. ¿Y esto te causa disgusto?
¡Cuerpo de Dios con Torcato,
que ha mil años que pasó!
¿Qué culpa le tengo yo
si fué liberal o ingrato?
Vamos de aquí, que en comiendo
nos contarás esa historia.

(*Hable* LUZMÁN *aparte.*)

LUZMÁN. (Voy, Tristán, en la memoria
un engaño apercibiendo.

TRISTÁN. ¿Engaño? Pues ¿a qué efeto?

LUZMÁN. La francesilla me agrada,
que es fresca y recién llegada
y peregrino sujeto,
que para mi inclinación,

(1) Así [illegible] los textos.

fundada en sólo interés,
extremada pieza es.

TRISTÁN. Y extraña tu condición.
¿No ves que éste es su galán?

LUZMÁN. Ese es milagro, necio.

TRISTÁN. No tiene tu ingenio precio.

LUZMÁN. Oye una industria, Tristán.

TRISTÁN. ¿Querráste alzar con la dama?

LUZMÁN. Oíd los dos al oído.)

BEATRIZ. Aquí dicen que ha venido
una española de fama.

FILIBERTO. No estará Roma sin ellas;
mas tú valdrás tanto más,
cuanto ventaja hallarás
que hace el sol a las estrellas.
De lo que es casa y criados
hay grande comodidad.

BEATRIZ. Sí; pero en esta ciudad
se halla a peso de ducados.

FILIBERTO. Antes vives con engaño,
que hay de alquiler bravas cosas
y, cuando fuesen costosas,
fían hasta fin del año,
y para entonces, Beatriz,
tu buena dicha es la renta,
que sin pagar la pimienta
nadie ha de comer perdiz.
Yo no pienso darte pena,
que a un hombre no ha de faltalle
vividor y de buen talle.

LUZMÁN. (¿Es buena la industria?

TRISTÁN. Buena.

LUZMÁN. Pues parte, Lofraso.

LOFRASO. Voy.

TRISTÁN. ¡Bravo embuste intentas!

LUZMÁN. ¡Bravo!
Si llego con él al cabo,
Tristán, mis guantes te doy.)

LOFRASO. ¿Buscáis acaso posada
en esta calle, señores?

FILIBERTO. Por buscar de las mayores,
ninguna de éstas me agrada.
¿Sois de alguna, por ventura?

LOFRASO. No está muy lejos de aquí
la que yo os ofrezco.

FILIBERTO. ¿Ansí?

LOFRASO. Y es limpia, honrada y segura.

FILIBERTO. ¿Sois vos el dueño?

LOFRASO. Antes soy
criado, a vuestro servicio.

BEATRIZ. De honrada posada indicio.

LOFRASO. Menor de lo que es le doy,

porque es posada tan grande
que es un palacio encubierto.

BEATRIZ. No permitáis, Filiberto,
que más por las calles ande.
Llevadme allá.

LOFRASO. No es razón
que sin vella entréis en ella.
Venga este criado a vella,
que no es humilde mesón,
sino posada tan bella
para príncipes y grandes,
que de España, Francia y Flandes
vienen a posar en ella.
Hay la perdiz, la vitela,
pavo, capón y conejo,
pan del Papa, vino añejo
y cuanto en el aire vuela.
De manjar blanco, y tortadas
de pasteles y rosquillas,
puedo contar maravillas,
y de hermosas ginebradas.
Lo que es camas, con la nieve
se atreven a competir.

FILIBERTO. Bien puedes, Lombardo, ir
donde ese hidalgo te lleve,
y aquí te aguardamos.

LOFRASO. Vamos,
que quiero darte a beber.

LOMBARDO. Romano debes de ser.
¿Hay de Candia?

LOFRASO. Hoy lo sacamos
de una secreta cantina (1)
que ha un año que no se abrió.

LOMBARDO. ¿Hay con que beba?

LOFRASO. Pues ¿no?
Una brizna de cecina.

(*Vase* LOMBARDO *y* LOFRASO.)

LUZMÁN. (Ya le lleva. Acude agora.

TRISTÁN. Yo voy.

LUZMÁN. Muy despacio vas.
Llega y dale por detrás.)

FILIBERTO. Sentaos un poco, señora,
si tan cansada venistes,
que cerca estará el mesón.

TRISTÁN. ¿Acordáisos, fanfarrón,
del bofetón que me distes?
Pues tomad.

FILIBERTO. ¿Qué dices, hombre?

(1) En la de Alonso Martín. "Cantiña".

(*Dale* TRISTÁN *a* FILIBERTO *dos espaldarazos y huya; mete mano* FILIBERTO *y síguele.*)

¡Oh, bellaco! ¡Espera! ¡Aguarda!

LUZMÁN. (La industria ha sido gallarda.)

BEATRIZ. ¡Ay de mí!

LUZMÁN. Nada os asombre
que para echarle de aquí,
después que siguiendo os vengo,
con dos criados que tengo
posada y palos fingí.

BEATRIZ. ¿Luego no era mesonero,
y éste que se fué, agraviado?

LUZMÁN. Uno y otro es mi criado,
y yo serlo vuestro espero.
Soy un español que en Roma
gasto mi hacienda a mi gusto;
sirvo bien y doy disgusto
a quien conmigo se toma.
Que estuve para matar
el galán que os ha traído,
a no haber duda tenido
que vos le debéis de amar.
Que si no es ansí, mi vida,
y sois tan recién llegada,
del alma y de mi posada
quiero que seáis servida,
donde regalo y vestidos,
hasta que os acomodéis,
deseo y gusto tendréis
por vuestra boca medidos.
Este hombre me parece
de mal trato y proceder,
de que os puede suceder
lo que un mal trato merece.
Si de él estáis enfadada
esta es gentil ocasión,
y hombre yo de condición
que le haré rueca la espada.
No le temáis por lo fiero
si por lindo no le amáis.

BEATRIZ. Mayor confusión me dais
de la que tuve primero.
Aunque vuestro honrado talle
hace, en la pena en que estoy,
que cuando a enojarme voy
en viéndoos el rostro calle,
callo, en fin, y la invención
agradezco de algún modo,
porque sois amable en todo
y os voy cobrando afición.
El hombre, digo, el soldado
que decís, me ha parecido,

más que de hierro vestido,
algunas veces pesado.
Es carga que por mi culpa
traigo en hombros más de un año,
y ansí doy a vuestro engaño
librarme de él por disculpa.
Vamos a vuestra posada,
donde seré toda vuestra.

LUZMÁN. (A quien no engaña la muestra
de aquesta bella portada,
no llega a su entendimiento
lo que dentro de ella pasa.
Todo es portada en la casa,
que dentro no hay aposento;
pero el milagro ha de ser,
sin dinero y sin posada,
con lo que es lengua y espada,
granjear esta mujer.)

BEATRIZ. (¡Qué gran ventura la mía,
pues apenas he llegado,
cuando ya el Cielo me ha dado
lo que menester había!
Buen talle, riqueza, gusto,
y español. ¡Braveza es todo!) (*Ap.*)

LUZMÁN. (De llevarla pienso el modo
para no darla disgusto,
y no sé cómo ha de ser.) (*Aparte.*)

BEATRIZ. (Luego le pido un vestido
de mil piedras guarnecido.) (*Ap.*)

LUZMÁN. (¿Qué haré de aquesta mujer?
Pero bien ya lo he pensado.) (*Ap.*)
Ven, señora, y no nos halle
tu soldado.

BEATRIZ. (¡Qué buen talle!
Yo os dejaré bien pelado.) (*Aparte.*)

LUZMÁN. (No sé dónde halle dineros.) (*Ap.*)

BEATRIZ. Ven, pues.

LUZMÁN. ¡Dichoso el que os goza!

BEATRIZ. ¡Tuya soy!

LUZMÁN. (¡Qué buena moza!
Y pienso dejarla en cueros.)

(*Vanse de la mano, y sale* FILIBERTO.)

FILIBERTO.

¿Hay maldad semejante? ¡Vive el Cielo,
que diera el corazón por alcanzarle!
¡Que esto sustente Roma! ¡Que esto críe!
Pero bien puede ser que me tuviese
por el que le afrentó, y ser tan cobarde
que a dos espaldarazos fuese huyendo.
Pero diómelos bien para sin ánimo.
¡Oh, pesia tal con la bellaca burla!

Parecerse los hombres en los rostros
cosa es común a la naturaleza,
y engañarse también es cosa fácil
en el talle, en el cuerpo, en el vestido;
pero que en las espaldas se parezcan,
en mi vida diré que tal he oído.
¿Cuál es aquel bellaco que parezco
por las espaldas? ¡Vive Dios, que a hallarle
hiciera un desatino con las suyas,
que ya no estoy con quien me dió enojado!
Mas ¿dónde está mi francesilla hermosa?
¿Beatriz? ¿Qué digo, amores? No parece.
Sin duda vino del mesón Lombardo
y la llevó como la vió tan sola.

(*Sale* LOMBARDO.)

LOMBARDO.

Esto pudiera sólo sucederle
a un hombre sin comer como yo estaba.
Quien fía de bellacos lo merece.

FILIBERTO.

¿Lombardo?

LOMBARDO.

¡Oh, mi señor!

FILIBERTO.

Seas bien venido.
¿Está ya mi Beatriz acomodada?
¿Es bueno el aposento y a su gusto?
¿Trajiste de comer?

LOMBARDO.

Todo está hecho.

FILIBERTO.

Eres para servir a un rey.

LOMBARDO.

¿Qué dices?
Déjote aquí con mi señora agora,
¿y dícesme si queda acomodada,
si es bueno el aposento y si he traído
de comer, que ha diez días que no como?

FILIBERTO.

Como que no está aquí Beatriz.

LOMBARDO.

Pues ¿dónde?

FILIBERTO.

¿No la has llevado tú?

LOMBARDO.

¡Búrlate un poco!
Que a un hombre sin comer son propias burlas.

FILIBERTO.

¿Y el hombre con quien fuiste?

LOMBARDO.

Era un bellaco
que me llevó por mil desterraderos,
hasta que, en una casa de dos puertas,
entró por una y se salió por otra.

FILIBERTO.

Engañado nos han.

LOMBARDO.

¿De qué manera?

FILIBERTO.

Siguiendo a un hombre que por su enemigo
me tuvo aquí, que aquesto fué el engaño,
aunque para la espalda fué bien cierto,
dejé a Beatriz y, vuelto, no la hallo.

LOMBARDO.

¿Que no la hallas?

FILIBERTO.

No.

LOMBARDO.

¡Buenos quedamos!

(*Sale* LUZMÁN.)

LUZMÁN.

(Bien se ha trazado. Acomodada queda
en tanto que procuro mejor puesto.
¡Oh, pesia tal! ¿Aqueste es el valiente?)

FILIBERTO.

Por ventura se entró en alguna casa.

LOMBARDO.

Pregúntale por ella a aqueste hidalgo.

FILIBERTO.

Señor, en cortesía, ¿habéis por dicha
visto aquí...

LUZMÁN.

No paséis más adelante.
¿Es una dama de nación francesa,
sombrero y capotillo de camino,
los ojos...

FILIBERTO.

Sí, los ojos... Esa misma.

LUZMÁN.

Aquí vino un Alférez de buen talle
y, haciendo que un criado sacudiese

de palos al galán que ella traía,
mientras que le siguió, se la ha llevado.

FILIBERTO.

¡Válame Dios! ¿Sabéis acaso el nombre?

LUZMÁN.

¿Su nombre? Y ¡cómo! Llámase Leonato.

FILIBERTO.

¿Leonato? Y ¿dónde vive?

LUZMÁN.

Siempre suele
pasearse con otros camaradas
junto a Santiago de los españoles.

FILIBERTO.

¿Préciase de valiente?

LUZMÁN.

Es un gallina,
sino que es todo embustes y marañas.

FILIBERTO.

Ven conmigo, Lombardo. ¡Vive el Cielo,
que le he de hacer pedazos!

LOMBARDO.

¿No sería
mejor comer primero? ¿Cómo quieres
matar tan gran Alférez en ayunas?

FILIBERTO.

Ven conmigo, cobarde.

LOMBARDO.

¡Ah, pobre estómago!
Roma es, en fin, cabeza de la Iglesia.
Aquí están los ayunos en su punto.
Hoy he ayunado todo el año junto.

(*Vase* FILIBERTO *y* LOMBARDO.)

LUZMÁN. Bien voy saliendo de todo,
y más con lo que he trazado,
pues del Alférez vengado
quedaré de aqueste modo.
Que éste, por cobrar su dama
y satisfacer su afrenta,
rematará con la cuenta
de su vida y de su fama.

(*Sale* OTAVIA.)

Hoy muere Leonato.

OTAVIA. (Creo
que algún mal suceso aguarda,
pues tanto Luzmán se tarda.)

¡Gracias a Dios que te veo!
¿Eres tú?

LUZMÁN. ¡Desvíate allá!

OTAVIA. Pues ¿no merezco tus brazos?

LUZMÁN. Ya queda hecho pedazos
tu Alférez.

OTAVIA. ¿Que muerto es ya?

LUZMÁN. ¿Conoces este capote,
este sombrero y espada?
¿De qué estás alborotada?

OTAVIA. ¿No quieres que me alborote?
Esto del Alférez es.

LUZMÁN. ¿Y estas cintas?

OTAVIA. Estas son
las que en tan triste ocasión
compraba del milanés.
¿Cómo has hecho esta locura?
¿Cómo has querido perderte?

LUZMÁN. No me hables de esa suerte,
sino el remedio procura;
yo he de salirme de Roma
dentro de un hora, o ser preso.

OTAVIA. ¡Ay, desdichado suceso!

LUZMÁN. (Más que de veras lo toma.) (*Ap.*)
A Nápoles quiero irme,
donde puedes ir, Otavia,
si este mismo amor te agravia
y está en mi ausencia tan firme;
porque voy a la ligera
y de prisa no te llevo;
pero Tristán, a quien debo
la vida, en Roma te espera;
con él, mi bien, ir podrás,
y quédate adiós.

OTAVIA. ¿Ansí
te me vas? Vuelve. ¡Ay de mí!
¿Qué llevas?

LUZMÁN. Esto no más.

OTAVIA. Pues ¿sin dinero y huyendo?

LUZMÁN. La capa basta y la espada.

OTAVIA. Aguarda.

(*Vase* OTAVIA.)

LUZMÁN. Bien va guiada
la burla que hacerla entiendo,
que lo que ésta me ha de dar
vendrá como a maravilla
para que a mi francesilla
pueda mejor engañar;
que con poco que la dé
en parte tan necesaria,
la he de hacer mi tributaria
y mandalla con el pie,

y seráme de importancia
para el intento que tengo.
Hela aquí por dónde vengo
a tener un censo en Francia.

(*Sale* OTAVIA *con una ropa y una cadena.*)

OTAVIA. Luzmán, dinero me falta;
pero aquesta ropa es buena,
y estas vueltas de cadena
que esta joya de oro esmalta.
Toma, y a Nápoles parte,
donde con Tristán iré
dentro de un mes.

LUZMÁN. No podré
ser para partirme parte,
y si lo fuere será
muriendo. Mas ¡ay de mí!
¿cómo se detiene ansí
quien en tal peligro está?
¡Adiós, adiós, vida mía!
¡Mi Otavia, adiós!

OTAVIA. Él te guarde.

LUZMÁN. ¿Irás presto?

OTAVIA. Luego y tarde,
el cuerpo y la fantasía.

(*Vase* LUZMÁN.)

¡Brava es la cólera fiera
de este animoso mancebo!
El amor, no el caso apruebo
por el peligro que espera;
pero pues partido es
y en Nápoles es soldado,
toda la pena y cuidado
será la ausencia de un mes.
¡Bien dice y hace en un día!
¡Qué bien las cintas cobró!
Mal el Alférez le ató
las manos como decía.
Pero ¡ay de mí! ¿qué visión
es ésta que agora veo?

LEONATO. Por vuestro gusto deseo
hacer aquesta invención,
Otavia.

OTAVIA. ¿Es Leonato?

LEONATO. Sí.

OTAVIA. ¿Que no eres visión ni sombra?

CAMILO. (Visión y sombra te nombra.

LEONATO. ¿Cómo?

CAMILO. Y se espanta de ti.)

LEONATO. ¿Qué tienes?

OTAVIA. ¿Que no eres muerto?

LEONATO. ¿Muerto yo?
OTAVIA. Luego ¿estás vivo?
LEONATO. Vivo, y por servirte vivo.
OTAVIA. Detente hasta ver si es cierto.
LEONATO. ¿Cómo cierto? Llega, toca,
no dudes, dame esa mano.
OTAVIA. ¿Que eres vivo?
LEONATO. Y es tan llano,
como tú engañada o loca.
OTAVIA. Déjame certificar.
CAMILO. ¡Válame Dios! ¿No le ves?
Digo que el Alférez es.
LEONATO. ¿No me ves andar y hablar?
CAMILO. ¿Quién te ha engañado?
OTAVIA. ¿Has reñido
con alguien?
LEONATO. Con un galán.
OTAVIA. ¿Cómo se llama?
LEONATO. Luzmán,
y le he quitado el vestido,
y con las cintas que viste
le dejo a un árbol atado.
OTAVIA. ¿Tú atado?
LEONATO. Yo; y le he quitado
las prendas que tú le diste.
¿No conoces el sombrero?
OTAVIA. Conozco que fuí engañada
y que agora soy burlada,
y que escarmentar espero.
¡Qué extremados fanfarrones
para Bravos y Guzmanes!
Ellos son para galanes
o afrenta de sus naciones.
Para engañarme los dos,
truecan los dos el vestido.
CAMILO. (Luzmán primero ha venido
al mismo engaño. ¡Por Dios,
en linda afrenta caístes!)
LEONATO. Oye, que me estoy burlando.
OTAVIA. Y yo estoy desesperando
de ver qué gallinas fuistes.
LEONATO. Oye, y sabrás la novela
cuando un momento me aguardes.
OTAVIA. No me hablen los cobardes,
que buscaré quien los muela.
CAMILO. Detente por mí este rato.
OTAVIA. ¿Qué quieres? En hora buena
que una ropa, una cadena
me cuesta el vivir, Leonato.
LEONATO. ¿Cómo, o quién, o cuándo ha sido?
OTAVIA. Luzmán, que aquí me contó
que te mató.

LEONATO. ¿Me mató?
OTAVIA. Y me mostró tu vestido,
y aun las cintas me ha mostrado.
LEONATO. Vete, que ya sé lo que es,
y no han de dar hoy las tres
sin que esté todo cobrado.
OTAVIA. Si eso haces, yo me ofrezco
de ser tuya.
LEONATO. Ve con Dios.
OTAVIA. Español, ¿conmigo vos?
Pero yo me lo merezco,
que de un pobre y fanfarrón
por sólo el talle y la lengua
me ha pagado, y por mi mengua
le he dado gusto y pensión.

(*Vase* OTAVIA.)

CAMILO.

Admirado me tiene la cautela
del soldado atrevido.

LEONATO.

No te espantes,
pues casi fuera igual nuestra novela.

CAMILO.

¡Que ande este mozo en pasos semejantes!

LEONATO.

Si en iguales embustes se desvela,
las plantas le serán bien importantes,
que si él en Roma vive de este modo,
vendrá por todo y a pagarlo todo.

(*Salen* FILIBERTO *y* LOMBARDO.)

FILIBERTO.

Estos parecen, en el talle y traje,
soldados españoles.

LOMBARDO.

Preguntemos,
pues hay lugar adonde suba y baje
la coleta en ayunas que traemos.

FILIBERTO.

Ponte muy bien.

LOMBARDO.

¡Pesar de mi linaje,
matémoslos de presto, y comeremos!

FILIBERTO.

Dios los guarde, señores españoles,
como del mundo y de las armas soles.

LEONATO.

Vos seáis, caballero, bien venido.
¿Mandáis que os sirvamos?

FILIBERTO.

Suplicaros
quiero, por forastero, aunque atrevido,
y por un caballero preguntaros
que será, por famoso, conocido,
y porque es español.

LEONATO.

Podré nombraros
cuantos en Roma de esa nación viven.

CAMILO.

(Parece que las armas aperciben.)

FILIBERTO.

¿Quién es un cierto alférez, un Leonato?

LEONATO.

Ese soy yo: Leonato es nombre mío.

FILIBERTO.

¿Vos sois Leonato?

LEONATO.

Yo.

FILIBERTO.

Pues ¿en qué trato
cupiera hacer tan loco desvarío?
Hoy cuerpo a cuerpo aquí con vos me mato,
o para la campaña os desafío.
¿Soy hombre yo con quien usarse puede
término que de ser honrado excede?

LEONATO.

Fuera de que en mi vida yo os he visto,
no puedo imaginar qué causa he dado
para que pueda estar con vos malquisto,
ni menos sin razón desafiado.

FILIBERTO.

Yo sé que con mil causas me enemisto
con hombre que la vida me ha quitado,
la honra, el gusto, la opinión y fama,
y, últimamente, una francesa dama.

CAMILO.

¿En qué hostería habrá comido acaso?
Que debe de ser bueno ¡por mi vida!

LOMBARDO.

¡Pluguiera a Dios!

FILIBERTO.

Hablad cortés, y ¡paso!
que haré que alguno a pies la calle mida.

CAMILO.

¿Si es Sacripante?

LEONATO.

No, sino Gradaso.

FILIBERTO.

Agora lo veréis en esta herida.

CAMILO.

¡Muera!

FILIBERTO.

¡Oh, traidores!

LEONATO.

No se teme poco
la espada en manos del borracho o loco.

ACTO SEGUNDO (1)

(*Salen* LUZMÁN, TRISTÁN *y* LOFRASO.)

LUZMÁN. Está mi Beatriz hermosa,
Tristán, por extremo buena
con la ropa y la cadena.
TRISTÁN. Y Otavia extremo celosa.
¿Cómo podrás aplacalla
cuando sepa este desprecio?
LUZMÁN. Este es el milagro, necio,
que el sabio oye, mira y calla.
LOFRASO. Y eso del Alférez muerto,
¿también es fácil empresa?
TRISTÁN. ¿Y el dueño de esta francesa?
LUZMÁN. ¿Cómo dueño?
TRISTÁN. Filiberto.
LUZMÁN. Que no hay dueño sino yo.
TRISTÁN. Luego ¿de esto saldrás bien?
LUZMÁN. Y del suceso también
que hoy Lofraso comenzó.
TRISTÁN. ¿Es el cuento de Isabela,
la mujer del veneciano?
LUZMÁN. Hoy esa Lucrecia allano.
TRISTÁN. ¿Hoy?
LUZMÁN. Escucha la cautela.
TRISTÁN. Escucho.
LUZMÁN. Aquesta es gallarda,
y mujer de un viejo.
TRISTÁN. Bien.
LUZMÁN. Gusto le falta.
TRISTÁN. También.

(1) La impresión de la V. de Alonso Martín añade "del Caballero del milagro".

LUZMÁN. De este viejo no le aguarda.
TRISTÁN. Es imposible.
LUZMÁN. Pues quiero
que vea mi bizarría
hoy desde esta celosía
y hacer la calle terrero.
Vosotros comenzaréis
a decir mal de ella a efeto
que yo la defienda, excepto
que en su opinión no toquéis;
vendrá el negocio a las manos
y a las espadas también.
LOFRASO. Yo estoy en tu engaño bien;
llega a la reja y verános;
pero advierte que, riñendo,
nos puedes, señor, herir.
LUZMÁN. Eso pretendo fingir,
ansí como vais huyendo,
y, para obligarla más,
Lofraso dirá que es muerto.
LOFRASO. Mira bien que es el concierto
de burlas.
LUZMÁN. ¿En eso estás?
Lleguemos.
TRISTÁN. ¡Oh, gran ventura,
que a la ventana se ha puesto!

(ISABELA *se pone a la ventana.*)

LUZMÁN. Yo digo verdad en esto,
y lo demás es locura.
Isabela es la más bella
de cuantas en Roma vi.
ISABELA. ¿Qué hablan estos tres de mí?
TRISTÁN. Mal haces en defendella;
porque es una mujer loca,
sin propósito y cordura.
LUZMÁN. Haber visto su hermosura
a lo que veis me provoca;
y conforme a su opinión
su hermosura celestial
no puede tener igual
mayor que su discreción.
LOFRASO. ¿Isabela discreta?
LUZMÁN. Sí; (1)
y en tanto extremo discreta,
cuanto es más bella y perfeta
que cuantas en Roma vi.
Aquel mirar dulce y grave
ansí la lengua le adorna,

(1) Sobra una sílaba. De fijo Lope escribiría "Isabel".

que en gloria y dulzura torna
la pesadumbre más grave.

ISABELA. Basta que vuelva por mí
el español.

TRISTÁN. No creyera
que un hombre tan ciego hubiera.
¿Cuándo la viste?

LUZMÁN. Hoy, aquí,
cuya grave majestad
a una reina competía,
y como el sol luz al día,
daba a Roma autoridad.

LOFRASO. ¿Posible es que un caballero
que ha corrido el mundo todo
encarezca de ese modo
lo que es un demonio fiero?
¿Vos habéis visto en España,
o en Francia, saraos o fiestas?

LUZMÁN. He visto damas compuestas
en tierra propia y extraña;
he visto damas que son
por divinas celebradas,
y a Isabela comparadas
no tienen comparación.

ISABELA. ¡Qué buen talle tiene el hombre!

TRISTÁN. De gustos no hay disputar.

LOFRASO. Vos os debéis de engañar,
señor Luzmán, en el nombre.

LUZMÁN. Digo que es esta Isabela,
mujer de Patricio ilustre,
y que es de Venecia lustre
de su sangre y parentela,
y que el hombre que la ofende
tiene engañada opinión
y habla mal, y con pasión.

ISABELA. ¡Con qué gracia me defiende!
¡Oh, español aficionado
al honor de la mujer!

TRISTÁN. Mejor podéis responder.
Hablad bien, señor soldado.

LUZMÁN. Yo hablo bien, y el que dijere
que Isabela no es hermosa,
noble, honesta y virtuosa,
le mataré si pudiere.

LOFRASO. Ya no se puede sufrir
esta española arrogancia.

LUZMÁN. Aquí veréis la distancia
que hay del hacer al decir.

TRISTÁN. ¡Muera el perro!

LUZMÁN. Aunque sois dos,
sois ruines, y sois ninguno.

(Vanse riñendo.)

ISABELA. ¡Traidores, dos contra uno!
LOFRASO. ¡Muerto soy! ¡Válame Dios!
ISABELA. ¡Oh, valiente gentilhombre,
ya del uno ha dado cuenta!
Si su talle me contenta,
me mata el verle tan hombre.
¡Que esto intentase por mí,
por mi defensa y valor!
¿Cómo no tendré yo amor
a quien me le tiene a mí?

(*Sale* LUZMÁN.)

LUZMÁN. Allá irán los atrevidos
que de tan hermosa dama
quieren ofender la fama
con los hombres bien nacidos.
¡Y ojalá que me esperaran!
ISABELA. ¿Ah, gentilhombre?
LUZMÁN. ¿Quién es?
ISABELA. Llega.
LUZMÁN. ¿Adónde?
ISABELA. ¿No me ves?
LUZMÁN. Lengua y ojos se declaran.
ISABELA. ¿Qué es esto que habéis tenido?
LUZMÁN. ¿Yo, señora? Mirad bien
que no he sido yo.
ISABELA. Pues ¿quién
sino tú, español, has sido?
¿Conoces esa Isabela
que has defendido?
LUZMÁN. Por fama,
y hoy de vista, y sé que es dama
cuya fama el mundo vuela;
y de que no la serví
como era mi obligación
estoy corrido.
ISABELA. ¿Quién son
los dos que hablaban aquí?
LUZMÁN. Soldados y gente loca;
aunque tengo por muy cierto
que el uno de ellos es muerto,
o tiene el alma en la boca,
y que no va mal herido
el otro.
ISABELA. ¿Qué te movió
a defenderla?
LUZMÁN. Ser yo
español y bien nacido,
y porque hoy la vi en Santiago
y su nombre pregunté.
ISABELA. ¿Sabes su casa?
LUZMÁN. No sé

más que de mirarla pago;
porque de su vista bella
tal gloria me resultó,
que a más valor me obligó
del que he mostrado por ella.

ISABELA. ¿Y tú piénsasla servir?

LUZMÁN. Aunque caballero soy,
en lugar humilde estoy
para tan alto subir;
que un rey, señora, es indigno
de tan alto pensamiento.

ISABELA. Pues ¿qué harás?

LUZMÁN. Estar contento
de ver su rostro divino.
Miraré el sol desde lejos,
los ojos y el alma en calma,
y haciendo espejo mi alma
a sus divinos reflejos.
Sabré su casa, y allí
alguna vez la veré,
y en la estampa de su pie
pondré la boca.

ISABELA. (¡Ay de mí!)
Dime, español, te suplico:
¿en su casa qué has de hacer?

LUZMÁN. Como el pobre quiero ser
que está a la puerta del rico,
que viéndole tantas veces
alguna se duele de él.

ISABELA. Aunque es rico, no es cruel.
Limosna y piedad mereces.

LUZMÁN. Vos, señora, que me habláis,
¿conocéisla?

ISABELA. Sí, muy bien.

LUZMÁN. ¿Sois deuda suya?

ISABELA. También.

LUZMÁN. También en deuda me estáis.
El rostro quisiera ver.
¿Parecéisle?

ISABELA. Sí parezco.

LUZMÁN. Pues si yo veros merezco,
este bien me habéis de hacer.

ISABELA. ¿Y si te agrado?

LUZMÁN. Será
por pareceros a quien
es mi remedio y mi bien.
La Justicia suena ya.
Mirad si me mandáis algo.

ISABELA. Que en mi casa te defiendas,
que al dueño le sobran prendas
para guardar un hidalgo.

LUZMÁN. ¿Que entre dentro decís?

ISABELA. Sí,
que yo te sabré esconder.
LUZMÁN. ¿Dónde?
ISABELA. En mi alma ha de ser.
LUZMÁN. Pues ¿quién me ha de hallar ahí?
¿Sois vos Isabela?
ISABELA. Soy.
LUZMÁN. ¿Tanto bien he merecido?
ISABELA. Entra, español bien nacido,
y casa y alma te doy,
que a quien defendió mi fama
será de mi casa dueño.
LUZMÁN. Será esclavo el más pequeño.
ISABELA. De hoy más su dueño te llama.
Ansí quiero que la pises.
LUZMÁN. ¿Entro?
ISABELA. Bien puedes entrar.
LUZMÁN. (¡Qué bien la supe engañar!
¡Malos años para Ulises!)

(*Vanse, y sale* BEATRIZ *con manto.*)

BEATRIZ. Aunque sobre la afición,
si falta la libertad,
se cansa la voluntad
y se aflige el corazón.
Afición tengo a Luzmán;
mas como es recién nacida,
de verme tan recogida
melancolías me dan.
Dióme esta ropa y cadena;
mas no me parece paga
para que por ella haga
el alma, que es propia, ajena.
No hay perlas, plata ni oro
que a la libertad se iguale;
ser libre es joya que vale
un infinito tesoro.
Promete ser mi galán
y que ser suya prometa;
pero de verme sujeta
melancolías me dan.
Que mal aparté de mí
mi antiguo amor sin razón,
y aunque loco y fanfarrón
no me sujetaba ansí.
Y este arrogante mozuelo
está de sí tan pagado,
que piensa que no ha criado
igual hermosura el Cielo.
Todas me dice que están
muertas en ver que me rindo,
y yo, de verle tan lindo,

melancolías me dan.
Creo que, pues he salido,
ya no acertaré a volver.

(*Sale* OTAVIA *con manto, y* DEOFRIDO, *gentilhombre.*).

OTAVIA. De ti me vengo a valer
en esta ocasión, Deofrido.
DEOFRIDO. ¿Acudes al desdeñado
cuando lo estás de tu bien?
OTAVIA. ¿Desdeñado tú? ¿Por quién?
DEOFRIDO. Responda el galán amado;
Luzmán te responda, Otavia,
por quien a todos nos dejas;
a muchos con muchas quejas,
pero a mí con mucha rabia;
que habiendo dado el tributo
de mis celos a tu amor
y de mis años la flor,
jamás he cogido el fruto.
OTAVIA. Nunca de amor el efeto
se ve en el favor tan bien,
porque sólo en el desdén
se conoce si es perfeto.
Si desdeñado me adoras,
agora lo pienso ver.
DEOFRIDO. ¿Qué fe se puede tener
de tus palabras traidoras?
OTAVIA. Luzmán en mi casa entró
hoy con este falso trato,
diciéndome que a Leonato
por mi servicio mató.
Creílo, y para que huyese
a Nápoles, le entregué
mi cadena de oro, y fué
para que nunca le viese;
que el Alférez está vivo
y yo muerta de pesar.
DEOFRIDO. ¡Quién te pudiera mostrar,
espíritu vengativo!
Mas pues con lo que se quiso
es la venganza crueldad,
castigaré su maldad
si de Luzmán tengo aviso.
¿Qué hay más en esto que hacer?
Dime, Otavia, lo que resta.
OTAVIA. Espera. ¿Qué ropa es ésta
que tiene aquesta mujer?
¡Por el siglo de mi abuela,
que es la mía!
DEOFRIDO. ¿Cómo ansí?
¿Conócesla?
OTAVIA. Como a mí.

DEOFRIDO. Háblala, pues.
OTAVIA. Hablaréla.—
¡Dios la guarde, reina mía!
¿Qué aguarda en la calle?
BEATRIZ. Aguardo
lo que he menester.
OTAVIA. (Ya tardo. (*Ap.*)
¡Qué flaqueza y cobardía!
Mas no se me irá por pies
ya que una vez la cogí.)
Diga, ¿es extranjera?
BEATRIZ. Sí.
OTAVIA. Y aun esta ropa lo es.
¿Costóle mucho la hechura?
¡Por mi vida que es galana!
BEATRIZ. Váyase con Dios, hermana.
OTAVIA. Aun en armas, por ventura.
Descúbrase a ver si es tal
la hermosura como el talle.
BEATRIZ. No me destape en la calle,
¿no ve que parece mal?
OTAVIA. Oiga, que trae cadena.
¡Qué limpia y bien puesta viene!
¿A ver el peso que tiene?
BEATRIZ. ¡Suelte!
OTAVIA. ¡Por mi fe que es buena!
¿Qué tiene de oro?
BEATRIZ. ¡Ay, qué enfado!
OTAVIA. Llégate, Deofrido, acá.
DEOFRIDO. Cadena tenemos ya.
OTAVIA. Todo el galán se lo ha dado.
DEOFRIDO. ¿De veras?
OTAVIA. Como lo cuento.
[DEOFR.] Del español; lo adivino.
BEATRIZ. ¿Iréme ya mi camino?
OTAVIA. Espere sólo un momento.
¿Trae buenos bajos? ¿A ver?
BEATRIZ. ¡Ay, qué enfado! Suelte, amiga.
OTAVIA. ¿Amiga? Más enemiga,
y aun hoy su muerte he de ser.
¿Quién le dió ropa y cadena?
BEATRIZ. Diómela cierto galán.
OTAVIA. ¿Y era, por dicha, Luzmán
quien le dió cadena ajena?
Desnúdese luego al punto.
BEATRIZ. ¡Que me roban! ¡Que me matan!
¿Ansí una mujer maltratan?
DEOFRIDO. ¿Y la saya?
OTAVIA. Todo junto:
manto y saya he de quitalle,
para que el picaño entienda
que tengo yo quien le ofenda.

BEATRIZ. ¿No hay gente en aquesta calle?
DEOFRIDO. Desnúdate ya, llorona,
que te asentaré los cinco.
OTAVIA. De puro contento brinco.
DEOFRIDO. No hay en la calle persona.
Si quieres desnudaréla
hasta la camisa.
OTAVIA. Basta,
aunque no es dama tan casta
que la vergüenza le duela.—
Dígale a Luzmán, señora,
que Otavia la puso ansí.—
Vamos de aquí.
DEOFRIDO. Ven tras mí.
OTAVIA. ¡Qué enfadada queda agora!
DEOFRIDO. "¡Ay, qué enfado! ¡Suelte, amiga!"
OTAVIA. Vente ya, que suena gente.

(*Vanse* DEOFRIDO *y* OTAVIA.)

BEATRIZ. ¡Cómo el Cielo justamente
mi mal término castiga!
Lo que tengo merecí,
pues por un tesoro vano
dejé el pájaro en la mano,
cuya esperanza perdí.
¡Buena he quedado! ¿Qué haré?

(*Salen* PATRICIO, *viejo, marido de* ISABELA, *y* EUGENIO, *criado.*)

PATRICIO. Cierto que el Embajador
es hombre de gran valor.
EUGENIO. En su presencia se ve.
PATRICIO. De la honra que me ha hecho
estoy muy agradecido.
BEATRIZ. Señor, por merced os pido
cubráis mi desnudo pecho.
PATRICIO. ¿Qué es esto?
EUGENIO. Una hermosa dama
desnuda, robada y sola.
PATRICIO. ¿Es francesa o española?
EUGENIO. Francesa.
PATRICIO. ¿Cómo se llama?
BEATRIZ. Beatriz me llamo, señor,
aunque no es mi propio nombre.
PATRICIO. ¿Cuál fué el tirano, si es hombre,
que hizo en vos tanto rigor?
(¡Por mi vida, que no vi
una mujer tan hermosa!)
BEATRIZ. Efetos de una celosa
son éstos que veis en mí.
PATRICIO. ¿De celos, y mujer fué
la que el vestido os quitó?

EUGENIO. Y pues que no la mató
al Cielo obligada esté:
que no hay venenosa fiera
como la mujer celosa.
PATRICIO. (Con ella hiciera una cosa
si Isabela no lo fuera.
EUGENIO. ¿Y es?
PATRICIO. Que la metiera en casa
y la remediara allí.
EUGENIO. Mi señora viene aquí.
PATRICIO. Pues diréle lo que pasa.)

(*Sale* ISABELA.)

ISABELA. A daros cuenta, señor,
vengo, más que a recebiros,
de un suceso.
PATRICIO. Y yo a deciros,
mi señora, otro mayor.
ISABELA. ¿Cómo?
PATRICIO. Esta pobre mujer
a nuestra puerta han robado,
y, si no os causa cuidado,
la quisiera recoger,
que es forastera y francesa,
y me parece que es justo.
ISABELA. Siéndolo vuestro, es mi gusto.
PATRICIO. Eso es si acaso no os pesa,
que de otra suerte no tengo
obligación ni poder.
ISABELA. Basta la de ser mujer
y el propósito a que vengo,
que es a éste parecido.
PATRICIO. ¿Cómo?
ISABELA. Cierto gentil hombre
mató en esta calle un hombre,
o queda de muerte herido,
y quiero que le amparéis
en vuestra casa, si es justo.
PATRICIO. Tengo por ley vuestro gusto.
¿Dónde está?
ISABELA. Aquí le veréis.—
Llama a ese español.
EUGENIO. Ya sale.
LUZMÁN. Aquí estoy, señor Patricio,
humilde a vuestro servicio,
y de quien me ampara y vale.
PATRICIO. Gusto, español, de serviros
en esta honrada ocasión.
ISABELA. ¿Francesa es vuestra nación?
BEATRIZ. Desdicha podré deciros.
ISABELA. ¿Quién os ha tratado ansí?
LUZMÁN. (¿No es Beatriz aquélla, Cielos?)(*Ap.*)

BEATRIZ. Ansí me han tratado celos.
(¿No es Luzmán el que está allí?) (*Ap.*)
ISABELA. No os aflijáis, que en mi casa
no os ha de faltar remedio.
BEATRIZ. Ya, señora, estoy en medio
del mal que el extremo pasa.
LUZMÁN. (¿Hay hombre más desdichado?
¿Quién trajo a Beatriz aquí?
Todo el remedio perdí
por tanta industria ganado.)
PATRICIO. Entremos dentro y sabremos
las historias de los dos.
LUZMÁN. (Afligido voy ¡por Dios!
en medio de dos extremos.
Mas quien a casos tan graves
remedio sabe poner,
¿qué puede agora temer?)
Vamos.
PATRICIO. ¡Ay, ojos suaves!
Hoy he metido en mi casa
carcoma, fuego y polilla.
Eugenio, la francesilla
me desvanece y abrasa.
EUGENIO. (Mejor lo dirás por mí,
que por ella voy sin seso.)
ISABELA. (¿Hay más extraño suceso?
¡Luzmán, piérdome por ti!)
LUZMÁN. (¿Qué es esto, Beatriz?
BEATRIZ. ¡Traidor!
¿Qué me preguntas qué es esto?
Tu Otavia cual ves me ha puesto.
LUZMÁN. ¿Otavia? ¿Y tanto rigor?
BEATRIZ. Otavia, con su galán,
por la ropa y la cadena.
LUZMÁN. No tengas, mis ojos, pena,
que aquí mis brazos están.
Hoy he muerto otro más bravo,
y por eso estoy aquí.
BEATRIZ. ¿Qué piensas hacer de mí?
LUZMÁN. Ser, como hasta aquí, tu esclavo.
Entra, no nos echen menos,
que hemos de salir medrados.
¿Qué miras, ojos airados?
BEATRIZ. ¿Meréceslos tú serenos?
¡Oh, traidor!
LUZMÁN. Anda, bobilla,
que el viejo es rico y te adora.
BEATRIZ. ¿Cómo?
LUZMÁN. Oí que dijo agora:
"Yo adoro la francesilla."
BEATRIZ. Creo que tienes razón.
¡Mi ventura lo quisiese!

LUZMÁN. ¿Querrásme a mí?
BEATRIZ. Aunque me pese.
LUZMÁN. Entra, y te daré lición.)

(*Vanse, y salen* LOFRASO *y* TRISTÁN.)

LOFRASO.

¿Puede, en la industria, comparalle el mundo
con todos los que fueron celebrados
en tiempo de Alejandro y de Semíramis?

TRISTÁN.

Deseo verle y ver en qué ha parado.

LOFRASO.

Hablando le vi yo con Isabela
después que nos tiró las cuchilladas.

TRISTÁN.

Sin duda que la tiene ya rendida.

LOFRASO.

Tiene extremado talle y linda labia.
Cicerón no le iguala en la elocuencia,
ni en persuadir la lengua de Demóstenes.

TRISTÁN.

¡Qué sagaz, qué fingido, qué doblado!
¡Qué astuto llega, pide, teme y ruega!
¡Cómo muda el color! ¡Cómo le finge!
¡Qué presto está colérico y turbado,
y en qué momento afable, manso y blando!
¡Cosa es de ver la vida de este mozo!
¡Qué ricamente viste, come y gasta!
¡Cómo juega tan pródigo y reparte
lo que tiene entre todos sus amigos,
sin que se le conozcan en su tierra
dos florines de renta o patrimonio!

LOFRASO.

Por eso es *Caballero de milagro.*

TRISTÁN.

¿Hay cosa como verle sin dineros,
y otras veces desnudo, y en un punto
jugar, pedir prestado y no volverlo,
tomar baratos, engañar mujeres,
quitarles la sortija, la cadena,
hasta el espejo donde está colgado,
y que con todo le aman y le adoran,
le visten, le desean y le buscan?

LOFRASO.

Por eso es *Caballero de milagro.*

TRISTÁN.

Pues verle andar con príncipes y grandes...
Es cosa de locura lo que estiman

que hable, escriba o cuente alguna cosa;
danle su mesa, asiéntanle a su lado,
honralle (1) más que a un igual suyo pueden.
Nunca le faltan cuentos, nuevas, fábulas,
sucesos de Alemania, España y Flandes;
sabe todas las damas de memoria,
hasta las más ocultas alcahuetas;
dice de las que tienen buenas partes
y las que con secretas faltas viven;
de su salud avisa a sus galanes;
canoniza mujeres por discretas;
la que está en su opinión, la tiene en Roma;
la que llega de fuera, él la registra;
no se hace fiesta donde no se halle,
ni eternamente viste su medida
y todo se le ajusta como propio.
No come cosa que en la plaza compre;
el rey no come con mayor regalo;
es valiente, es galán, es estudiante,
es hijo de quien quiere, y es tan noble,
que a veces tiene don y a veces título.

LOFRASO.

Por eso es *Caballero de milagro*.

TRISTÁN.

¡Paso, que sale de la misma casa!

LOFRASO.

¡Y qué contento sale!

TRISTÁN.

Por extremo.

LOFRASO.

¡Qué fin tan triste a sus locuras temo!

(*Sale* LUZMÁN.)

LUZMÁN.

Hoy llega por la mar mi rota nave
con el viento suave
a la playa dichosa
después de una esperanza trabajosa;
hoy llego, en fin, al esperado puerto,
por la fortuna de mi estrella incierto.
La vela amainen mis deseos perdidos,
cuélguense los vestidos,
ofrézcase el milagro,
cuya tabla a tu templo, Amor, consagro.
Agora sí que en breve tiempo espero
ofrecerte de cera un caballero.

(1) Así en el texto. Quizá deba decir "hónranle".

TRISTÁN.

Entre esos votos que al Amor ofreces,
si acaso ya mereces
el fin de tu esperanza,
¿qué le das a Tristán?

LUZMÁN.

Su parte alcanza.

LOFRASO.

¿Y a Lofraso?

LUZMÁN.

También, que juntos fuistes
los nortes que a la playa me trajistes.
Hablé a Isabela y díjela que había
muerto un hombre, y quería
acogerme a sagrado,
cuando Amor, en mi engaño disfrazado,
entrándose en su pecho, me detiene,
y a darme el alma con la casa viene.
En ella estoy agora retraído,
adonde su marido,
aunque de esto me pesa,
trajo también a mi Beatriz francesa,
a quien, con celos y furiosa rabia,
quitó la ropa y la cadena Otavia.

TRISTÁN.

¿Que Beatriz está aquí?

LUZMÁN.

Como lo cuento.

LOFRASO.

Y ¿qué te ha dicho?

LUZMÁN.

Intento
engañarla de nuevo.
Mas esto quede aparte, pues me atrevo
a vivir por la mano de Isabela.

TRISTÁN.

¿Que, en fin, te quiere bien?

LOFRASO.

¡Brava cautela!

LUZMÁN.

Yo os diré de qué suerte, que ha querido
que hoy mude de vestido,
con más costosos trajes;
lacayo me ha mandado traer y pajes,
y para que caballo compre y tenga
me ha dado aqueste plus.

LOFRASO.

¡Qué dulce arenga!
¿Eres tú el griego que, contando cuentos
de tierra, mar y vientos
(o parecerle quieres),
engañaba los hombres y mujeres?
¿Qué hechizo es éste de tu lengua sabia?

LUZMÁN.

Liciones son de la discreta Otavia.
Partid los dos, pues que sabéis mi gusto,
que solamente gusto,
y para serlo muero,
de parecer a todos caballero.
Yo para rey nací, sino que ha sido
contraria estrella la que no ha querido,
y no es posible, aunque a maldad responde,
sino que un duque o conde,
perdóneme mi padre,
amores tuvo con mi hermosa madre;
que de esta inclinación autor no fuera
quien oficio mecánico tuviera.
Partid, pues, juntos y traed criados
de buen talle y honrados.

TRISTÁN.

¿A qué posada mandas?

LUZMÁN.

Adonde haya portal, patio y barandas;
donde, cuando me vista, salga y vea
regalar mi caballo.

LOFRASO.

¿Y das librea?

LUZMÁN.

Alquiladme la casa, traed la gente,
que en eso brevemente
mi sastre dará traza.

TRISTÁN.

Los dos, señor, iremos a la plaza.

LUZMÁN.

Mirad que don Luzmán he de llamarme,
y aun quiero de una casa antigua honrarme.
¿Cuál os parece noble allá en España?

TRISTÁN.

Dicen que de Alemaña
los Guzmanes vinieron,
que después Duques de Sidonia fueron.

LUZMÁN.

Guzmán es muy común.

LOFRASO.

Mendoza es bueno.

LUZMÁN.

Todo está el mundo de Mendozas lleno.

TRISTÁN.

En los Enríquez hubo reyes claros,
de cuyos hechos raros
hay llenas mil historias.

LOFRASO.

También de los Manriques hay memorias,
si en historias reparas;
que es sangre antigua los famosos Laras.

TRISTÁN.

¿Agrádante Toledos?

LOFRASO.

No lo ignores,
porque de emperadores
su decendencia tienen,
que de Constantinopla a España vienen.

TRISTÁN.

¿Quieres Cerdas, Girones?

LUZMÁN.

¡En qué terrible confusión me pones!
Ahora bien, yo me llamo...

TRISTÁN.

Escoge en todos,
que vienen de los godos.

LUZMÁN.

Ya el nombre me alboroza.
Don Luzmán de Toledo y de Mendoza,
Girón, Enríquez, Lara.

LOFRASO.

¡Qué brava firma!

LUZMÁN.

Luego en esto para.

TRISTÁN.

Pues si otros nombres sobre limo (1) abarca,
en papel de la marca
habrás de hacer la firma.

LUZMÁN.

Ahora bien, en los cinco me confirma,
y vete a lo que digo.

TRISTÁN.

Ven, Lofraso.

---

(1) Así en el texto. Debe ser "sobrescrito".

LOFRASO.

Hele aquí caballero.

TRISTÁN.

¡Extraño caso!

(*Vanse* TRISTÁN y LOFRASO.)

LUZMÁN.

¡Dichoso el bien nacido, el noble, el grande,
que sin virtud hereda la nobleza,
sin que del mar y tierra la aspereza
ni los peligros de las armas ande.
No hay ley que a su grandeza se desmande,
con ser de muertos padres su grandeza,
y más si le acompaña la riqueza,
porque entonces no hay rey que tanto mande.
Nacimos todos y vivimos todos
hasta la muerte el tiempo permitido;
pero por varios y diversos modos
aquél busca el sustento y el vestido,
y éste, porque deciende de los godos,
es adorado y por señor tenido.
Mas el plazo cumplido
se viene a conocer que el mundo yerra,
pues que juntos los dos se vuelven tierra.

(*Sale* LEONATO y CAMILO.)

LEONATO. Por el buen talle, Camilo,
le conocí desde lejos.
CAMILO. Sus embustes y consejos
desde hoy mudarán de estilo.
Llegad alzando la espada.
LEONATO. Esa lición fuera buena
si estuviera la cadena
o la ropilla cobrada.
CAMILO. Vuestro es el sombrero y capa.
LEONATO. Todo el vestido es ajeno,
y de más pedazos lleno
que tiene líneas un mapa.
CAMILO. Pues hablalde.
LEONATO. Y es mejor.
CAMILO. No os engañe, que es astuto.
LEONATO. Conociéndole, es sin fruto.—
¿Ah, gentilhombre?
LUZMÁN. ¡Oh, señor!
¿Es Leonato? ¿Es el espejo
de los soldados de España,
aquél en plaza y campaña
blando y fuerte, mozo y viejo?
¿Es el Alférez galán

que mató más enemigos
que ha escrito versos Luzmán?
¿Es mi amigo y defensor,
y el que morirá por mí
si se me ofreciese aquí
cosa que toque al honor?
¿Es de quien yo digo a todos
su nobleza y cortesía,
su ingenio y su valentía
y que viene de los godos?
¿Es quien, queriéndome honrar,
digo yo que es mi pariente,
y que es deudo y decendiente
de la casa de Aguilar?
¡Ah, qué padre que tuviste,
príncipe, y qué mi señor!
Toca, que te tengo amor
sólo porque bien naciste.

LEONATO. (¿Qué os parece?

CAMILO. ¿Yo no os dije
que os había de engañar?

LEONATO. ¿Podráse aquesto cobrar?)

LUZMÁN. (¡Oh, cuánto el temor me aflige!)

LEONATO. (¿Qué he de hacer a un hombre honrado
que me ha recebido ansí,
que quiere honrarse de mí
y que es, como yo, soldado?

CAMILO. ¡Ta ta! ¿Aflojáis?

LEONATO. No sé,
que soga de ahorcado tiene.)

LUZMÁN. (Este con enojo viene;
pero yo le aplacaré.)

CAMILO. (Dalde ya ¡cuerpo de tal!,
no os engañe con lisonja.)

LUZMÁN. ¿Tenéis una deuda monja
en España, en Ciudad Real,
que es una hermosa señora
y la mayor conservera
que tiene el mundo?

CAMILO. (¿Qué espera?
¿Por qué no le pega agora?

LEONATO. ¿No veis que tiene buen talle?)

LUZMÁN. (El enojado es Camilo.
Quiero, por el mismo estilo,
si puedo, desenojalle.)
¡Oh, buen Camilo; el mejor
entre mil soldados grandes
que, con el tercio de Flandes,
mostró su esfuerzo y valor!
Lo que hiciste en Anamur (1)

ya en verso lo pongo y trazo,
porque no hay tu espada y brazo,
Camilo, del Norte al Sur.
¡Qué damas que allí tuviste!
¡Qué amigos, dinero y galas!
¡Qué juego! A Alejandro igualas
en los baratos que diste.
Aunque de mí no te acuerdas,
te debo más de un doblón,
que tienes real condición
o que ganes o que pierdas.
Pues al esguazar el río,
y en el Rebelín, (1) ¿qué hiciste?

CAMILO. (Digo que razón tuviste.
Su amigo soy si él lo es mío.)

LEONATO. Luzmán, si habéis menester
alguna cosa, aquí estamos.

CAMILO. (Que, en efeto, ¿asi nos vamos?

LEONATO. Pues, ¿qué podemos hacer?)

LUZMÁN. ¿Cómo menester? ¡Qué lindo!
Vámonos a una hostería,
cenaréis a costa mía
y habéis de ver cómo os brindo.
Aquí hay dinero.

LEONATO. Pues ¡alto!
Confírmese el amistad.

CAMILO. (Ya le cobro voluntad.)

LUZMÁN. Jamás de aquesto estoy falto;
prestaré cuando se ofrezca.

LEONATO. (Digo que es el hombre honrado.)

LUZMÁN. Basta español y soldado,
y que por vos lo merezca.

CAMILO. Mira, Luzmanillo, toca,
que te quiero más que a mí.

LUZMÁN. Esto has de hacer, bobo, ansí,
y mediréte la boca.
Si quieres lascivia, soy
peregrino trujamán;
si quieres andar galán
te daré liciones hoy.
Por mi arancel, regla y tasa
has de vivir desde hoy más.

CAMILO. Veamos lo que me das.

LUZMÁN. Hoy te enseñaré la casa,
que es una perla de carne,
que da gusto y colación.

CAMILO. ¿Tiénela alguien?

LUZMÁN. Un valón
que la trajo de Viarne;
mas alárgale la rienda.

---

(1) Será "rebellín".

CAMILO. ¿Que es francesa?
LUZMÁN. Francesita.
CAMILO. ¿Bonita, en fin?
LUZMÁN. Rebonita,
que no hermosura de tienda;
no hay más del agua del Tibre
y una brizna de color.
CAMILO. Buen gusto tienes y humor,
que de afeites Dios me libre.
¿Es algo aquella tudesca
que anda por Roma en carroza?
LUZMÁN. Verdad es que es buena moza,
porque es colorada y fresca.
LEONATO. Vamos a cenar, Luzmán,
¿En esa historia te metes?
LUZMÁN. (¡Cuál les llevo a los pobretes!
pues la cena pagarán.)

(*Vanse, y sale* FILIBERTO *y* LOMBARDO.)

FILIBERTO. ¿Que viste, Leonardo, en fin,
la saya de mi francesa,
a una mujer que profesa
ruin trato y a un hombre ruin?
LOMBARDO. Conocíla en la color,
y, cuando cerca llegué,
por su dueño pregunté,
que fuera el callar mejor;
porque dicen que un Luzmán,
español, aragonés,
la quitó a cierto francés
y es agora su galán,
y aquella dama, de celos,
la dejó en la calle ansí.
FILIBERTO. ¿Luzmán?
LOMBARDO. Sí.
FILIBERTO. ¿Y español?
LOMBARDO. Sí.
FILIBERTO. ¡Que tal permiten los Cielos!
LOMBARDO. Maltratóla y desnudóla,
que el galán la dió también
prendas suyas.
FILIBERTO. Eso, bien.
¿Y esa ninfa es española?
LOMBARDO. Española, y de lo grave;
de toldo, estrado y tapiz.
FILIBERTO. Y ¿dónde quedó Beatriz?
LOMBARDO. Responde que no lo sabe.
FILIBERTO. El hombre que iba con ella,
¿era español?
LOMBARDO. No.
FILIBERTO. Pues ¿qué?
LOMBARDO. Napolitano.

FILIBERTO. ¿Y que fué
con ella?
LOMBARDO. Y adora en ella.
FILIBERTO. Vamos a cobrar la saya.
LOMBARDO. ¡Necedad!
FILIBERTO. ¿Por qué?
LOMBARDO. Cobremos
tu dama, y después podremos.
FILIBERTO. Bastará que después vaya.
Dices bien. Mas dime: ¿dónde
podré hallar este Luzmán?
LOMBARDO. Españoles te dirán
dónde la tiene y esconde.
Vamos hacia su cuartel.

(*Sale* TRISTÁN *y un huésped,* HOSTALERO.)

TRISTÁN. De la casa me contento.
HOSTAL. Digo que tiene aposento
que el rey puede entrar en él.
¿Y es el nombre?
TRISTÁN. Don Luzmán
de Toledo y de Mendoza.
HOSTAL. ¿Es título?
TRISTÁN. No le goza;
pero alimentos le dan.
Girón Enríquez y Lara
en su apellido también.
HOSTAL. Tantos no habrá dónde estén.
TRISTÁN. Uno es solo.
HOSTAL. Eso declara,
que ya estaba arrepentido
de haber el cuarto alquilado.
¿Y agora es recién llegado?
FILIBERTO. (¿Has lo que dice advertido?)
HOSTAL. ¿Vendrá acaso a pretender
algún capelo?
TRISTÁN. Es seglar.
HOSTAL. ¿Seglar?
TRISTÁN. Sí.
HOSTAL. Pues no hay que hablar,
que por lo dicho ha de ser.
TRISTÁN. Quitaréis los dos florines.
HOSTAL. Sea. Llamarle podéis.
TRISTÁN. Para ir a misa tendréis
también un par de cojines.
HOSTAL. De terciopelo escogido.
TRISTÁN. ¿Qué color?
HOSTAL. Morado.
TRISTÁN. Bueno.
¿Sillas?
HOSTAL. Su aposento lleno.
TRISTÁN. Adiós.

HOSTAL. ¿Queda en lo que pido?
TRISTÁN. Digo que sí.
HOSTAL. Pues adiós.
TRISTÁN. Ya lo más tenemos hecho.
FILIBERTO. ¡Dios os guarde!
TRISTÁN. (Este es, sospecho,
el valón.) Así haga a vos.
FILIBERTO. Oí nombrar a Luzmán,
a quien busco. ¿Sabéis de él?
TRISTÁN. Agora estuve con él.
FILIBERTO. ¿Y vos servísle, galán?
TRISTÁN. Sírvole. ¿No lo habéis visto
en la casa que alquilé?
FILIBERTO. Por eso os lo pregunté.
(Todo el enojo resisto
hasta saber lo que intento.)
¿Sabéis, acaso, si está
con él una dama?
TRISTÁN. Ya...
(Ya tengo entendido el cuento.)
FILIBERTO. ¿Cómo?
TRISTÁN. Que ya no la tiene.
FILIBERTO. Pues ¿quién?
TRISTÁN. Cierto veneciano,
de cuya avarienta mano
procuralla no conviene.
FILIBERTO. ¿Por qué no, si es cosa mía?
TRISTÁN. Porque es un grande alcahuete
que en su posada y retrete
cien veces las vende al día,
y en son de recogimiento
lleva mil hombres allá;
y ésta, como nueva, está
por principal fundamento,
que le ha valido en dos días
gran suma de oro.
FILIBERTO. ¿Eso pasa?
¿Y sabéis, señor, la casa
que encubre deshonras mías?
TRISTÁN. Si os reportáis, sí diré.
Esa es que enfrente está.
FILIBERTO. Lombardo, vamos allá.
TRISTÁN. (¡Lindamente le engañé!
Liciones son de Luzmán.)
FILIBERTO. ¿Cómo se llama?
TRISTÁN. Patricio.
FILIBERTO. ¿Y que vive de ese oficio?
TRISTÁN. Vuestros ojos lo verán.
FILIBERTO. Id con Dios.
TRISTÁN. (Yo parto a ver
si Lofraso halló criados.)

(Vase TRISTÁN.)

FILIBERTO. ¡Hoy, casa, hoy, cantos helados,
de mi fuego habéis de arder!
LOMBARDO. Repórtate un poco, y mira
que es bien saberlo primero.
FILIBERTO. Siendo daño que yo espero
no es posible que es mentira.
Y si esta casa no abraso
es sólo porque deseo
cobrar mi bien.
LOMBARDO. Bien lo creo.
FILIBERTO. Llama.
LOMBARDO. Llamo.
FILIBERTO. No tan paso.
Echa esa casa en el suelo.
¿Ah de arriba?
ISABELA. ¿Quién da voces?
FILIBERTO. El honor, que no conoces,
que baja en rayos del cielo.
ISABELA. ¿Si es loco? ¿Qué es lo que quieres?
FILIBERTO. ¿Dónde está aquel viejo ruin?
ISABELA. ¿Quién?
FILIBERTO. Patricio.
ISABELA. ¿Es Candia?
FILIBERTO. ¡Habla, infamia de mujeres!
ISABELA. ¡Jesús! ¿Qué es esto?
FILIBERTO. Estarás
muy humilde a tus galanes
y harás graves ademanes,
y conmigo hablando estás.

(*Sale* PATRICIO.)

ISABELA. ¿Hola, criados?
PATRICIO. ¿Qué es esto?
¿Qué tenéis, señora mía?
FILIBERTO. Esto es lo que yo quería.
¡Dame a Beatriz presto, presto!
PATRICIO. ¡Ah, pobre loco!
FILIBERTO. ¡Alcahuete,
que para venderla a ciento
finges el recogimiento
de tu posada y retrete!
¡Dame a Beatriz!
PATRICIO. ¡Es furioso
que hay que escuchar! ¡Guardaos
FILIBERTO. ¡Dámela, viejo cruel, [de él!
encubridor afrentoso!
ISABELA. Entraos y cerrad la puerta.
LOMBARDO. Ellos se han entrado ya.
FILIBERTO. ¿Cerraron?
LOMBARDO. Cerrado está.
FILIBERTO. Pues será a coces abierta.

LOMBARDO. Es muy fuerte y barreada,
y con linda clavazón.

(EUGENIO, *arriba, con agua.*)

EUGENIO. ¡Ah, hermano loco! ¿Es mesón?
FILIBERTO. No, sino casa afrentada.
EUGENIO. ¡Agua va!
LOMBARDO. ¡Guarte!
FILIBERTO. Cogióme.
¿No hay justicia?
EUGENIO. ¡Guarda el loco!
Si aquí te esperas un poco
harás que un ladrillo tome.
FILIBERTO. ¡Ay de mí! ¿Qué me aconsejas?
EUGENIO. ¿Derribo edificio?
LOMBARDO. ¡Guarda!
FILIBERTO. Ya me voy, hombre.
EUGENIO. ¿Qué tarda?
FILIBERTO. Tardo en declarar mis quejas.
¡Muero por Beatriz! ¿Qué haré?
LOMBARDO. Estáte un poco, señor,
y quitaránte el amor
desde la cabeza al pie,
si no es con algún ladrillo.

(*Sale* LUZMÁN.)

LUZMÁN. Cenando los dos están.
LOMBARDO. (Oye, ¿no es éste Luzmán?)
LUZMÁN. (Del cordel salté al cuchillo.
¡Vive Dios, que es Filiberto,
a quien quité la mujer!)
LOMBARDO. (En las señas no hay que ver.
FILIBERTO. Él es, sin duda.
LOMBARDO. Él es, cierto.)
FILIBERTO. ¿No es Luzmán vuesa merced?
LUZMÁN. Para serviros lo soy.
FILIBERTO. Seguro, señor, estoy
que me habéis de hacer merced.
Topé con vuestro criado
y por Beatriz pregunté,
que hoy dicen que vuestra fué
y que un viejo os la ha quitado,
el cual es grande alcahuete,
que para venderla aquí,
con otras que tiene ansí,
grande interés les promete.
Esto supe del criado,
y luego, sin más consejo,
parto a disfamar al viejo.
LUZMÁN. Y qué, ¿habéisle disfamado?
FILIBERTO. Díjele toda su vida
y por loco me dejó.

LUZMÁN. (¡Qué bien Tristán le engañó!
¡Oh ciencia bien aprendida!)
FILIBERTO. De la ventana, en efeto,
me han mojado, como ves.
LUZMÁN. Mal la casa conocéis.
¡Oh, viejo astuto y discreto!
Partid por un alguacil
que con cuatro esbirros venga,
para que castigo tenga
su trato afrentoso y vil,
que yo juraré lo que es.
FILIBERTO. ¿Juraréis?
LUZMÁN. Digo que sí.
FILIBERTO. Yo voy; esperadme aquí.
LUZMÁN. Otra burla habrá después.
Todo me sucede a gusto.
Yo nací con buena estrella,
pues sola hablando atropella
todo trabajo y disgusto.

(*Sale* LOFRASO *con* FABIO *y* TULIO, *pajes, y* PACHÓN, *lacayo.*)

LOFRASO. Aquí me dijo Tristán
que la casa había de ser.
Paso, que he acertado á ver
a mi señor don Luzmán.
LUZMÁN. ¿Qué hay, Lofrasillo?
LOFRASO. Señor,
los pajes traigo y lacayo.
PACHÓN. ¿Es caballo rucio o bayo,
corvetero y saltador?
¿Es rodado o es morcillo?
¿Es turco o napolitano?
¿Es cuadralbo o de una mano?
¿Bebe con blanco? ¿Es rosillo?
¿Tiene alguna enfermedad?
¿Está de los cascos largo?
LUZMÁN. Buenos son; doite este cargo.
LOFRASO. Ea, los pies le besad.
FABIO. Deme vuestra señoría
los pies.
LOFRASO. ¿Cómo has nombre?
FABIO. Fabio.
LUZMÁN. Levántate.
FABIO. Fuera agravio.
Deja.
LUZMÁN. ¡Bien, por vida mía!
TULIO. Yo me llamo Tulio, y soy
romano.
LUZMÁN. ¿Y vos, hombre honrado?
PACHÓN. Si es caballo doctrinado
por menos partido estoy,

que cobra un hombre afición
al ganado y compañía.

TULIO. Pregunta su señoría
el nombre.

PACHÓN. ¿El nombre? Pachón.

LUZMÁN. ¿De dónde sois?

PACHÓN. Bergamasco.

LUZMÁN. No era malo para un remo.
¿Coméis formacho?

PACHÓN. En extremo.

LUZMÁN. ¿Bebéis bien?

PACHÓN. Bien alzo un frasco,
que è gratato en macarrón,
cancaro en li marioli,
e su tuti li españoli
fusin amazato... (1)

FABIO. Al son
podéis bailar un poquito.

PACHÓN. ¡Quién tuviera el almohaza!

(*Sale el* ALGUACIL *con* FILIBERTO *y* CÓRCHETES.)

ALGUACIL. Si aquesta prisión se traza,
la opinión a todos quito.

FILIBERTO. Aquí está quien bien lo sabe.

ALGUACIL. Las de vuestra señoría.

LUZMÁN. Bien vengáis ¡por vida mía!

LOFRASO. (¡Qué bien que finge lo grave!)

LUZMÁN. Apartaos aquí conmigo.
(Sabed que aqueste hombre es loco.

ALGUACIL. Yo lo he conocido un poco
en lo que él habló conmigo;
que si es Patricio este viejo
que el necio alcahuete llama,
de su república infama
a Venecia el claro espejo.

LUZMÁN. El mismo Patricio es,
y a fe que ha de escarmentar;
que en la cárcel ha de entrar,
y en el cepo cuello y pies.
Veis aquí cuatro florines.)

ALGUACIL. Bueno, loco sois aquí.

LUZMÁN. Asilde todos ahí.

FILIBERTO. ¿A mí, villanos, rüínes?

LUZMÁN. ¡Asilde, que está furioso!

ALGUACIL. ¡Vaya a la cárcel!

FILIBERTO. ¡Oh, perros!

ALGUACIL. ¡Amansaránle los hierros!
¡Tira!

FILIBERTO. ¡Oh, español caviloso!

ALGUACIL. ¡Entra!

(1) Este pasaje, así en el original.

FILIBERTO. ¡Oh, traición española!
LOFRASO. ¿Qué es esto en que agora das?
LUZMÁN. Allá después lo sabrás.—
Llama al huésped.
LOFRASO. Entra.
LUZMÁN. ¿Hola?

ACTO TERCERO (1)

(*Salen* LUZMÁN *y* ISABELA.)

LUZMÁN. Si no eres mi propia vida,
tu alma falte a mi alma,
pues quedará muerta en calma
estando a la tuya asida.
No me pidas celos vanos,
pues no hay razón que me acuse,
que nunca en tu ofensa puse
ni pensamientos ni manos.
Si amor suelen engendrar
las grandes obligaciones,
por ésta y por mil razones
te debo, Isabela, amar,
y habiendo la que es mayor,
¿para qué formar querellas?
ISABELA. Amor que se engendra de ellas
no puede llamarse amor,
que parece que se funda
en haber sido interés.
LUZMÁN. Que aprovecha si después
tan buen efeto redunda.
Cuanto más que el mismo día
que mi alma vine a darte
no fué interés de tu parte
sino afición de la mía.
Si después tus buenas obras
han conservado este amor,
de que haya sido mayor
injustas sospechas cobras.
ISABELA. Las sospechas que he tenido
son de que tu amor fingiste,
pues de aquel hombre que heriste
vivo ni muerto he sabido,
ni te ha buscado justicia,
ni he visto que se hable en ello.
LUZMÁN. Que murió puedes creello,
y lo contrario es malicia.

(1) Añade la impresión de la V. de Alonso Martín "del Caballero del milagro".

Pero como era extranjero
y Roma es grande, ocultóse,
y esta sospecha acabóse
con diligencia y dinero,
que cualquier delito encubre.
Mas si verme en la prisión
te asegura el corazón,
hoy la verdad se descubre;
yo iré y diré que le he muerto;
ya la información creerás,
y así, para lo demás,
me darás crédito abierto.

ISABELA. Vuelve acá, hechicero mío,
lengua de fuego que abrasa,
que también por amor pasa
antes del fuego este frío.
Son las sospechas ciclón
y el amor la calentura,
que sólo un momento dura
y para más fuego son.
No quiero yo que me informes
de tu afición con tu daño;
o sea verdad o engaño,
basta que estemos conformes.
¿De qué sirve que me tuerzas
el rostro enojado agora?

LUZMÁN. A tus agravios, señora,
no tiene un Hércules fuerzas.
Tus obras, para tu gusto,
podrán muy bien sujetarme,
pero no para agraviarme
y en la opinión, que no es justo.
Que si no tengo opinión
con la persona que trato
ese día seré ingrato
a toda su obligación.
Ello es que ya te has cansado,
como, en efeto, mujer.

ISABELA. ¿Agora querrás hacer
del valiente y enojado?

LUZMÁN. No ¡por Dios!; pero es muy cierto
que en loca esperanza estribo,
pues que teniéndome vivo
me preguntas por un muerto.
Y ¿qué más muerto que yo
si ya lo estoy en tu gusto?

ISABELA. No has de mirar el disgusto.

LUZMÁN. Pues ¿quién?

ISABELA. A quien te le dió.

LUZMÁN. ¿Quién me le dió?

ISABELA. Mi sospecha,
de un inmenso amor nacida.

LUZMÁN. Para mi opinión perdida
¿qué disculpa te aprovecha?
Déjame ir.
ISABELA. ¿Ya me quieres
matar?
LUZMÁN. ¿Yo a ti?
ISABELA. Vuelve a ver.
LUZMÁN. Queréis a un pobre tener
muy sujeto las mujeres;
que en dándonos cuatro blancas
le queréis herrar los pies,
y es porque milagro es
en vosotras el ser francas.
De cuanto los hombres dan
¿es mucho que algo nos deis?
ISABELA. Enojos darnos soléis
como el que me das, Luzmán.
Y ¿por qué dices de dar,
que sólo [a] afrentarme vienes?
Hoy dos mil florines tienes,
en que hay largo que jugar.
Digo tienes, que una llave
sacó en cera donde están.
A fe que triunfe el galán.
Hágase agora muy grave,
y desea ya cogellos
para ir a buscar sus damas.
¿Qué sirve andar por las ramas?
Ya piensas lo que harás de ellos:
estás diciendo entre ti
que has de hacer y que has de dar,
y no me quieres mirar.
LUZMÁN. ¿Mirar? ¿Para qué yo a ti? (*Riese.*)
ISABELA. Ea, que te estás riendo.
LUZMÁN. ¿Yo?
ISABELA. Tú, pues.
LUZMÁN. Míralo bien.
ISABELA. Estos dos ojos lo ven.
LUZMÁN. ¿Cuáles?
ISABELA. Estos lo están viendo.
LUZMÁN. ¿El uno o los dos?
ISABELA. Los dos.
LUZMÁN. No es posible.
ISABELA. No porfíes.
Di que agora no te ríes.
LUZMÁN. Dices la verdad ¡por Dios!
Ea, los brazos son tuyos.
ISABELA. Luego irán de enfado llenos
donde, de quien valga menos,
gusten de abrazar los suyos.
LUZMÁN. Basta, que te has enojado
como me has visto rendido:

ISABELA. ¿Piensa él que no he sentido
el enojo que me ha dadó?
LUZMÁN. También tú te ríes agora.
ISABELA. ¿Yo?
LUZMÁN. Tú, pues.
ISABELA. Míralo bien.
LUZMÁN. Estos dos ojos lo ven.
ISABELA. ¡Ay, boca falsa y traidora!
Dame esos brazos, acaba.
LUZMÁN. Yo no me vuelvo a enojar,
porque era nunca acabar,
que a fe que ya lo pensaba.
¿Qué se ha hecho la francesa?
ISABELA. ¿Duélete ahí?
LUZMÁN. No ¡por Dios!
ISABELA. Mirado os habéis los dos.
LUZMÁN. De que lo pienses me pesa.
ISABELA. Patricio la quiere bien.
Tendrás buen competidor.
LUZMÁN. ¿Y va adelante ese amor?
ISABELA. Y su locura también.
LUZMÁN. ¿Cómo?
ISABELA. Sacóla de aquí
y en otra casa la ha puesto.
LUZMÁN. ¿Y tú tienes celos de esto?
ISABELA. ¿Patricio celos a mí?
Pues hale dado vestidos
y joyas de mil ducados,
escuderos y criados
con raciones y partidos,
y no digo que lo sé.
¿y quieres que esté celosa?
LUZMÁN. Digo que es extraña cosa
que tan poco se te dé.
ISABELA. Como yo te tengo a ti,
doile esta licencia a él,
que no estoy celosa de él
por que no lo esté de mí.
LUZMÁN. Siempre esta duda he tenido,
por más valor que me cuenten,
de mujeres que no sienten
los celos de su marido.
Porque ¿cómo puede ser,
si no es que tenga su gusto,
que no le causen disgusto
los celos a la mujer?
Pero propósito muda
y ese escritorio me enseña.
ISABELA. Es fuerte como una peña.
El abrille pongo en duda.
LUZMÁN. Mal sabes mi buena maña.
ISABELA. Calla, que hoy la llave espero.

LUZMÁN. (Si pesco tanto dinero, *(Aparte.)*
yo doy conmigo en España.)

(Vanse, y salen LEONATO *y* CAMILO.)

LEONATO. Desde la burla pasada
no le he visto más, Camilo.
CAMILO. Yo le he visto hoy.
LEONATO. ¿Dónde?
CAMILO. Vilo
dentro en su misma posada.
LEONATO. ¿Que posada tiene?
CAMILO. Bueno;
yo le vi en un corredor,
que no estuviera un señor
de más arrogancia lleno.
LEONATO. ¿Cómo?
CAMILO. Estaba don Luzmán
con su ropa de damasco,
y un lacayo bergamasco
sacando un potro al zaguán;
algunos pajes allí
y el caballerizo y todo.
LEONATO. ¿Que señor es de ese modo?
CAMILO. Quien tiene dineros, sí.
LEONATO. ¿De qué tiene éste dineros?
CAMILO. De milagro es lo que veis.
LEONATO. ¿Renta no le conocéis?
CAMILO. La de Adán, que es renta en cueros.
LEONATO. Pues ¿quién el milagro hace?
CAMILO. Algún ángel.
LEONATO. ¡Brava cosa!
CAMILO. O es juego o es dama hermosa.
LEONATO. Del uno o del otro nace.
Pero a fe que ha de pagar
la burla de la hostería;
dijo que luego volvía
al acabar de cenar.
Creí que por dicha fuese
su necesidad forzosa,
o que por alguna cosa
de dulce enviar quisiese,
y agora está por volver.
CAMILO. No tener blanca sentí.
LEONATO. Pues no me sobraba a mí.
La sortija quité ayer.
Cortarle pienso la cara.
CAMILO. Yo una oreja.

(Sale LUZMÁN.)

LUZMÁN. (¡Gran ventura!
¡Oh, rueda en mi bien segura,
con este milagro para!

Haz que venga bien la llave
y que se saque el dinero,
que para el paso que espero
es epítima suave;
que si cojo tanta suma
caballero voy a España.)

LEONATO. Será el caballo de caña
y la esperanza de pluma.
A él digo.

LUZMÁN. (¡Oh, pesar de mí!
¿Qué tengo agora de hacer?
Sigue el pesar al placer,
y así me ha seguido a mí.)

LEONATO. ¡Ah, mi señor don Luzmán
de Toledo y de Mendoza,
señor de potro y carroza!

LUZMÁN. ¡Oh, Alférez fuerte y galán!
¡Vive Dios que en este punto
de tu parte hablando estaba
con Apolo, y que me daba
su armonía y verso junto!
Estaba haciendo un soneto,
príncipe, en tu propio loor.

LEONATO. ¿Pagar no fuera mejor
la cena?

LUZMÁN. ¡Oh, bravo concepto!
¡Oh, musas bien empleadas!

CAMILO. (¿Qué aguardas que no le das?)

LUZMÁN. (¡Oh, santo Apolo, que estás
sobre las nubes doradas;
si me ayudas, te prometo
hacer un elogio cuando...)

LEONATO. Como nos dejó cenando,
¿qué digo?

LUZMÁN. ¡Oh, bravo conceto!
¿Conceto? No dije bien.
Concepto con p es mejor.

CAMILO. ¡Ah, señor conceteador,
escúcheme a mí también!

LUZMÁN. (Ya me ayudas, en efeto.
Mira, Apolo, que son dos.)

CAMILO. (¿Sacúdole?

LEONATO. ¡No, por Dios!

CAMILO. ¿Cómo no?)

LUZMÁN. ¡Oh, bravo conceto!
Ya el soneto es acabado.
Oíd, que decirle quiero.

LEONATO. De risa ¡por Dios! le espero.

CAMILO. (Otra vez nos ha engañado.)

LUZMÁN.

Leonato ilustre, valeroso armífero,
contra el fiero cismático y herético

y contra el falso alárabe profético;
alférez fuerte, capitán belífero.
Tú que el pendón católico y cristífero
has puesto sobre el muro mahomético,
honrando al suelo vandalino y bético
de ingenios y armas fuerte y salutífero.
Si a Carlos Quinto, príncipe invictísimo,
la fama llega de tu esfuerzo bélico,
verás de premios un inmenso cúmulo.
Serás en vida espléndido y riquísimo
y en muerte, como a mílite evangélico,
dos mil banderas honrarán el túmulo.

LEONATO. (¿No es lástima que se ofenda
hombre de esta habilidad?
CAMILO. Por ella le haré amistad,
y le quiero dar mi hacienda.)
LEONATO. Dadme, señor don Luzmán,
un traslado del soneto.
LUZMÁN. Eres discreto, en efeto,
y valiente capitán.—
A su dama de Camilo
haré un romance esta tarde.
CAMILO. (¿A quién hay que no acobarde
con este engañoso estilo?)
Será la que prometía.
LUZMÁN. Esa yo te la daré,
que faltar dinero fué
dejaros en la hostería,
y iba a buscarlo, en verdad,
sino que una moza hallé,
que a su casa acompañé,
y es fuera de la ciudad.
Pero agora, si tú quieres,
te daré una aragonesa
como un oro.
CAMILO. ¡Buena es ésa!
LUZMÁN. Mujer tendrás, y mujeres;
así sobraran dineros
como de este menester;
hoy gozarás la mujer
y mañana la harás fieros;
que quiero que contribuya
para tus galas y juego.
CAMILO. Pues vamos a verla luego.
LUZMÁN. Vamos, y dirá que es tuya,
y aun cenaremos allá;
pero fáltame dinero.
CAMILO. Darte dos escudos quiero.
LUZMÁN. No, no, que no faltará.
CAMILO. Yo gusto de que ella entienda
que yo gasto.

LUZMÁN. Haces muy bien,
que un hombre escaso también
no hay cosa que más ofenda;
y en viéndole liberal
le adora toda mujer.
Vamos, si la quieres ver.
CAMILO. ¿Es bonita?
LUZMÁN. Es celestial.
CAMILO. ¿Vamos, Leonato?
LUZMÁN. Y a ti
¿no te ha de alcanzar del paño?
LEONATO. Pues ¿no?
LUZMÁN. (Ya trazo un engaño (*Ap.*)
para apartallos de mí.)

(*Vanse, y salen* ISABELA *y* TRISTÁN.)

ISABELA. Darás este cofrecico
y este papel a Luzmán.
TRISTÁN. Mucho pesa.
ISABELA. Pesarán
las joyas que en él aplico,
porque si no es seis camisas,
no lleva otra cosa dentro.
TRISTÁN. Aunque fuera de oro el centro
mi lealtad en vano avisas.
Soy hombre de bien y hidalgo,
y de buena nación.
ISABELA. ¿Quieres
que le abra?
TRISTÁN. ¡Extraña eres!
¡Perdona! ¿Ofendíte en algo?
ISABELA. Tristán, cuando de mí quieras
dineros o joyas de oro,
verás si a Luzmán adoro
y si te sirvo de veras.
El día que en esto pruebes
lo que yo te sé querer,
verás que no he de creer
que no has de hacer lo que debes.
Toma en buen hora, y valiera
este cofre mil ducados.
TRISTÁN. Fueran seguros y dados
como tu mano los diera.
Voy a buscar, porque es tarde,
a don Luzmán, mi señor.
ISABELA. ¿Cierto quedas de mi amor?
TRISTÁN. Sí quedo.
ISABELA. El Cielo te guarde.
TRISTÁN. Alúmbrete San Onofre,
si acaso lo has menester.
¿Qué puede dentro tener
con tanto peso este cofre?

Pero lo que fuere sea;
aquí he de ser montañés;
porque gran bajeza es
que le descerraje y vea.

(*Salen* FILIBERTO *y* LOMBARDO.)

LOMBARDO.

¡Gracias a Dios que sales de ser loco! (1)

FILIBERTO.

No lo tengas en poco haber salido,
según era creído de la gente,
por furioso impaciente. ¡Oh, cárcel dura!

LOMBARDO.

¡Y qué fiera y obscura te la dieron!

FILIBERTO.

Ya que me conocieron y el engaño
tuvo su desengaño en dos amigos
que fueron los testigos que abonaron
mi crédito y juraron que era cuerdo:
quiere el Cielo que pierda cuanto había
sacado de Pavía.

LOMBARDO.

¡Mal fracaso!

FILIBERTO.

No acierto a dar un paso sin dinero.

TRISTÁN.

(¿No es éste el valón fiero del engaño?)

FILIBERTO.

(¿No es éste aquel picaño españolejo
que me dijo que el viejo era alcahuete?)

LOMBARDO.

(¿Qué es aquello que mete en capa y cubre?)

TRISTÁN.

(Si aquéste me descubre, yo soy muerto.)

LOMBARDO.

Llega.

TRISTÁN.

(Mi mal es cierto.)

FILIBERTO.

¿Ah, gentilhombre?
Si es este vuestro nombre, ¿era yo acaso;
tened, no os turbéis, paso; algún villano?

(1) El artificio de estos versos, como en otros ya señalados en el tomo anterior, consiste en rimar el primer hemistiquio de cada uno con el final del anterior. Ejemplo: "loco" y "poco", "salido" y "creído", "gente" e "imprudente", etc.

LOMBARDO.

Mete a la espada mano.

FILIBERTO.

Espera un poco.—
Y aquel que me hizo loco, ¿dónde queda?
¿Qué es eso? ¿Trae moneda? ¡Suelte luego!

TRISTÁN.

Que no toquéis, os ruego, al cofre.

FILIBERTO.

¿Cómo?

LOMBARDO.

Dale con ese pomo en la cabeza.

FILIBERTO.

¡Qué donosa simpleza! ¡Que no toque!

LOMBARDO.

Sólo eso te provoque. ¡Suelta, diablo!

TRISTÁN.

(De turbado no hablo, ni aun acierto.)
Escucha, Filiberto, si has pensado
que Tristán te ha burlado, y dame albricias
si acaso hallar codicias tu francesa.

FILIBERTO.

Segunda burla es ésa.

TRISTÁN.

Ven conmigo,
y pondréla contigo en un momento.

FILIBERTO.

Si eso es verdad, no siento justa paga.

TRISTÁN.

Dame, cuando lo haga, el cofre.

FILIBERTO.

Digo
que es tuyo.

TRISTÁN.

Ven conmigo.

FILIBERTO.

Vamos luego.—
Dale el cofre.

LOMBARDO.

¿Estás ciego?

FILIBERTO.

Estoy perdido.

TRISTÁN.

(Si yo le cobro, gran ventura ha sido.)

(*Vanse, y sale* LUZMÁN *con* BEATRIZ.)

LUZMÁN. De que estés en tan buen punto
por todo extremo me alegro;
aquí tienes padre, y suegro,
y marido, y galán junto;
mas no te ponga en estrecho
el viejo por interés;
él te goce, mas después
el que te diere provecho.
Los que aquí a la puerta dejo
son dos soldados Guzmanes,
que serán buenos galanes
para cuando falte el viejo.
El uno es un rico indiano
y el otro un aragonés,
que hasta en cintas de tus pies
cubrirá de oro su mano.
El indiano te ha de dar,
en viéndote, una cadena
que trae al cuello, y es buena.

BEATRIZ. Ya los tardas en llamar.
Siempre de ti sospeché
que me habías de hacer gusto.

LUZMÁN. Que Luzmán te sirva es justo,
y que provecho te dé.
Pero ¡vive Dios! que estoy
sin un cuatrín.

BEATRIZ. ¿Ya te pagas?

LUZMÁN. Cuando esto me satisfagas,
¿no es más lo que yo te doy?
Yo he de servirte adelante
en cosas que importen más.

BEATRIZ. Toma; acaba.

LUZMÁN. ¿Qué me das?

BEATRIZ. Un doblón.

LUZMÁN. No hay para un guante;
pero tú lo harás mejor.
Yo los llamo.

BEATRIZ. Aquí te aguardo.
Basta que el hombre es gallardo
para correo de amor;
pero es buen mozo en verdad
y importante para mí,
porque éste conoce aquí
lo mejor de la ciudad,
y es lo que yo he menester.
Dichosa es aquesta casa,
y más dichoso el que pasa
si acaso me acierta a ver.
Con todo eso, cierta amiga
me la quiere zahumar,
que sabe de santiguar

y hechiza, enamora y liga,
que en la flaqueza que estamos
con este censo se vive.

(*Salen* LEONATO *y* CAMILO.)

LEONATO. Pues ve y la cena apercibe,
que con Beatriz te esperamos.

CAMILO. El deseo que he tenido
de serviros, Beatriz bella,
haciendo a Luzmán la estrella
al puerto me ha conducido.
Dadme esas manos.

BEATRIZ. Las vuestras
os suplico que me deis.

(*Salen* FILIBERTO, TRISTÁN *y* LOMBARDO.)

TRISTÁN. ¿Beatriz es ésta que veis?

FILIBERTO. Beatriz es la que me muestras.

TRISTÁN. Dame el cofre.

LOMBARDO. Vesle aquí.

TRISTÁN. Adiós.

FILIBERTO. Vete en hora buena.

BEATRIZ. ¿Fuése Luzmán?

CAMILO. Por la cena,
que ya dineros le di.

FILIBERTO. (¿No es éste, Lombardo, aquel
con quien reñí?

LOMBARDO. ¿Qué lo dudas?
Mas ya de color te mudas.

FILIBERTO. Y su amigo está con él.
Déjame hablar con la ingrata.

LOMBARDO. Danza de espadas tenemos.)

FILIBERTO. Yo soy. ¿De qué haces extremos?
¿Tanto ya el verme te mata?
Yo soy Filiberto, yo;
yo, cruel, el que dejaste;
yo, quien te quiso y burlaste
porque alma y vida te dió.
Yo soy aquel que por ti,
de celoso y de corrido,
loco he sido y preso he sido,
que hoy de la cárcel salí.
¿Qué quieres de mí, cruel?
¿Qué quieres de un hombre triste
a quien fe y palabra diste
de nunca apartarte de él?
Si acaso el quererte ansí
es injuria y amor furia,
con ésta venga tu injuria
y dame la muerte aquí.
Toma esta daga. ¿No quieres?
Pues piadosa no te nombres,
y mataránme estos hombres,

para quien piadosa eres.—
Ea, señores, matadme.

LEONATO. Tened la espada; estad quedo.

FILIBERTO. ¿De matarme tenéis miedo?
No he de defenderme. ¡Dadme!

CAMILO. Este soldado, señora,
os ama, y mucho ¡por Dios!
Ya le veis loco por vos,
justo es remediarle agora.
Ya ninguno ha de serviros
de los que estamos aquí.

FILIBERTO. Señores, rogad por mí.

LEONATO. Esto habemos de pediros
y no otra cosa.

BEATRIZ. Ahora bien,
yo veo que esto es razón;
él me tiene a mí afición
y yo obligación también.—
Si me perdonas te doy
los brazos.

FILIBERTO. Pues ¿eso dudas?
Circe, hoy en hombre me mudas,
que animal y piedra soy.

LEONATO. Las amistades son justas,
y yo soy testigo de ellas,
y con él hoy quiero hacellas.

CAMILO. Y yo, pues de hacellas gustas.

FILIBERTO. Amigo soy de los dos
y esclavo.

BEATRIZ. Con esto, entremos.

FILIBERTO. ¿Somos amigos?

BEATRIZ. Seremos.—
Adiós, mis reyes.

LEONATO. Adiós.

BEATRIZ. ¿Es Lombardo?

LOMBARDO. ¿No lo ves?

BEATRIZ. Dame esos brazos, amigo.

LOMBARDO. ¡Agora tierna conmigo!
Ahora bien, dame tus pies.

(*Vanse, y queda* LEONATO *y* CAMILO.)

LEONATO. ¡Qué buenos hemos quedado!
¡A fe que la moza es buena!

CAMILO. El hombre me daba pena,
que es honrado y buen soldado.

LEONATO. Que no hay que disimular.
Picadillo estáis ¡por Dios!

CAMILO. Bien lo podéis estar vos.

LEONATO. Luego ¿no le he de buscar?

CAMILO. ¿A Luzmán? ¿Dónde?

LEONATO. En su casa,
aunque más le valga Apolo.

CAMILO. ¿Pensáis vos hallarle solo?
Bien entendéis lo que pasa.
Más tiene de diez criados,
y cuando no, yo os prometo
que no le falte un soneto
de versos esdrujulados.
LEONATO. Si él me engañare, a mi daño.
CAMILO. Él os dirá su canción.
LEONATO. ¡Qué bien os cogió el doblón!
CAMILO. ¿Ya me fisgáis?
LEONATO. ¡Lindo engaño!

(*Vanse, y salen* LUZMÁN *y* TRISTÁN.)

TRISTÁN.

¿Tanto dinero en este cofre cabe?

LUZMÁN.

¿No ves que el oro siempre fué discreto,
que ocupa menos que metal ninguno
y hace poco ruido donde cae? (1)
Dos mil ducados, por lo menos vienen.

TRISTÁN.

Agora veo que Isabela es cuerda,
que no me dijo que era plata ni oro,
sino algunas camisas y aderezos,
aunque en el peso vi que me engañaba;
mas bueno hubiera sido que el soldado
se me hubiera quedado con el cofre.

LUZMÁN.

¿Que estuvo mi ventura en tal peligro
y que el valón no conoció la suya?
Agora digo que nació ese hombre
con desdichada estrella en triste signo;
pero pues ya, Tristán, la mar furiosa
de mis trabajos y fortunas varias
se queda tan atrás y gozo el puerto,
puerto dorado, rico y venturoso,
donde todas las piedras son escudos,
ya no es tiempo de andar en devaneos,
ni por esta ciudad sagrada y libre
bebiendo el viento tras mujeres locas,
cortesanos hinchados y avarientos,
sustentando la vida de milagros.
España, buen Tristán, *me fecit*, dióme
la vida España y vi la luz del mundo
en la ciudad famosa de Toledo.
Allí quiero vivir; allí me parto;
con esto y con mi industria vivir pienso.
Compraré un caballejo y un esclavo,

(1) En la impresión de la V. de A. Martin.

y, procurando alguna mujer rica
para dichoso y santo matrimonio,
podré vivir, sin envidiar al príncipe,
en servicio de Dios, que es lo que importa.
Pillate este doblón, Tristán carísimo,
mientras que hallas otro mejor comodo,
y Dio ti guardi, que español sono
y mene vollo andar al país con questi,
belle fiorini. A reveder, Tristano.

TRISTÁN.

¿Búrlaste?

LUZMÁN.

¿Si me burlo? ¡Bueno es eso!
Despide esos lacayos y criados,
y di a Lofraso lo que tú quisieres;
que la mayor industria de las mías
es no gastar en locas necedades
un oro tan hermoso, limpio y rubio.

TRISTÁN.

Sospecho que te vas.

LUZMÁN.

Voime, sin duda.

TRISTÁN.

Luego ¿no volverás a la posada?

LUZMÁN.

¿A la posada yo? ¿Para qué efeto?

TRISTÁN.

¿Para qué efeto?

LUZMÁN.

A reveder, Tristano.

(*Vase* LUZMÁN.)

TRISTÁN.

¡Ah, infame, vil y mal intencionado!
Habiéndote servido en tu pobreza
en tu prosperidad me desamparas.
¡Venganza venga sobre ti del Cielo!
Mas ¿qué mejor que la que yo imagino
que puede ser castigo de tus obras?
¿De esto sirvió cubrir tus invenciones,
tus maldades, tus máquinas y ardides?
Esta sombra le cubre justamente
al hombre que se arrima a tan ruin árbol.
La casa de Isabela es ésta, y creo
que mi ventura la ofreció a mis ojos.

(*Sale* ISABELA.)

ISABELA.

Oí tus voces, Tristán, y salgo

¿Hante tomado el cofre por ventura?

TRISTÁN.

¡Pluguiera a Dios, pues que mayor lo fuera!
¡Mira de quién te fías! ¡Mira el hombre
a quien le das tu hacienda locamente,
que, por cogerte como a boba y simple,
conmigo y con Lofraso aquella tarde
fingió las cuchilladas y el herido,
haciendo que los dos, para este efeto,
hablásemos en daño de tu honra!
Con lo que tú le has dado ha sustentado
infinitas rameras y alcahuetas,
siéndolo él de sus amigas mismas,
sin otras mil bajezas de su trato.
Ni es caballero, ni es hidalgo o noble,
sino un villano de una pobre aldea
que está dos leguas de la gran Toledo.
Eso de don Luzmán es risa y fábula,
que ni tiene Mendozas ni Girones,
y últimamente, en viendo el gran dinero
que agora en este cofre le enviaste,
se parte a España y, como ves, te deja,
y a sus criados tristes y a mí triste,
que con solo un doblón quiso pagarme
dos años de servicio y mil de afrenta.

ISABELA.

No digas más, Tristán, que pierdo el seso.
¿Que el español se va? ¿Que al fin se parte?

TRISTÁN.

No ha querido volver a la posada
para partirse más seguramente.
¿Has visto ingratitud como ésta?

ISABELA.

Calla,
no te enternezcas, que aunque yo pudiera,
por el amor que siempre le he tenido;
vence al amor la fuerza del agravio,
que a tanto agravio todo amor es poco.
Búscame algunos hombres de esa gente
que viven mal por Roma, y dales parte
del dinero que tiene en oro y joyas,
y la causa también por qué le tiene,
y di que libremente se lo entrego
si se lo quitan esta misma noche.

TRISTÁN.

¿Será posible hallarle?

ISABELA.

¿Quién lo duda?

TRISTÁN.

Dices, señora, bien. Con Dios te queda.

ISABELA.

Venme a contar después lo que pasare,
que en mi casa tendrás, Tristán amigo,
tú, y Lofraso también, partido y casa.

TRISTÁN.

¡Guárdete el Cielo, veneciana ilustre!

(*Vase.*)

ISABELA.

¡Ah, traidor español! ¡Ah, ingrato amante!
¡Fingiste amor! ¡Por interés me amabas!
Matárame sin duda a no ser cierta
la venganza que espero. ¡Espera un poco,
mientras que yo, burlada, desespero,
que yo te haré matar, español fiero!

(*Vase, y salen* DEOFRIDO *y* OTAVIA.)

OTAVIA.

No pienses detenerme
con tus vanas retóricas, Deofrido,
que mientras Amor duerme
despierta la razón al justo olvido.
No he de amarte a despecho,
galán valiente y gusto sin provecho.
A Nápoles me lleva
el capitán que digo en viendo el alba.

DEOFRIDO.

¿Hoy quieres hacer prueba
de mi intención en tus agravios salva?
¿Qué pensamiento es éste
que la vida permites que me cueste?
Conozco que soy pobre;
mas de esto poco un Alejandro he sido,
y no es razón que cobre,
para tan largo amor, paga de olvido;
que tales beneficios
desdicen de la fe de mis servicios.
De Luzmán te he librado,
y de Leonato, espadachín famoso,
mil celos he pasado
en el discurso de este mal forzoso,
y mil pesares justos,
justos, pues fueron por tan dulces gustos.
Y agora que he perdido
tanto tiempo y trabajo mal gastado,
me pagas con olvido.

Seminario Multidisciplinario José Emilio González
SMEG
Facultad de Humanidades UPR-RP

OTAVIA.

Pues ¿qué he de hacer contigo
si locamente tus intentos sigo?
¿No es mejor, como sabia,
con aquesta ocasión darte de mano?

DEOFRIDO.

Es la mujer, Otavia,
rey en servirse y en pagar tirano.
¡Bueno, por Dios, me dejas!

OTAVIA.

Injustamente de mi amor te quejas.
¿Que quieres que te siga?
Di, ¿qué quieres que haga?

DEOFRIDO.

¡Ya te entiendo,
ya te entiendo, enemiga!
Que me case contigo estás diciendo.
Si sólo en eso estribas,
no quiero que de mí quejosa vivas.
Contigo he de casarme,
que ya conozco que estas invenciones
son red para engañarme.

OTAVIA.

Hoy cumplirás con mil obligaciones.
Eso sólo quería.

DEOFRIDO.

Esta es mi mano, toma.

OTAVIA.

Esta es la mía. (1)
¿Soy tu mujer?

DEOFRIDO.

Sí eres.

OTAVIA.

Pues entra, que aunque pobre me imaginas,
todas esas mujeres
de estrados, telas, ropas y cortinas,
pueden ser mis criadas.

DEOFRIDO.

Tú sola, Otavia mía, tú me agradas.

(*Vanse, y sale* LUZMÁN.)

LUZMÁN. Ya las postas tengo habladas.
Todo se va haciendo bien;
pero impórtame también
huír de aquestas posadas;
que es en el hombre el dinero

(1) El texto dice "Y ésta es la mía", per

veneno que trae consigo,
y del más perfeto amigo
hace enemigo más fiero.
Pero yo ¿por qué ocasión
quiero llevarlo en mi seno
si es enemigo y veneno
y no seguro el jubón?
Porque si los coso en él,
de este veneno el rigor
pasará al pecho mejor
que estando más lejos de él.
Bueno es, si los trueco y cambio,
llevarlo en papel seguro;
pero dejallos procuro;
bien hago, vayan a un cambio.
Mas ¿cómo me he de ausentar
de este divino calor
que es para el vital humor
epítima singular?
¡Oh, dinero! ¡Qué bien dijo
aquél que os llamó cuidado?
Vaya conmigo a mi lado.
¿De qué me temo y me aflijo?
¿Qué haré yo en llegando a España?
Triunfar, gastar, damas, juego.
Tendré mil amigos luego,
y el mayor que me acompaña;
y como llaman indiano
al que trato en Indias tiene,
quien rico de Roma viene
se ha de llamar el romano.
Hablaré la lengua bien;
diré fratelo, vitela,
bela dona, cuesta y cuela,
fanchulo y pillar también;
diré de los cardenales,
del papa y embajadores...

(*Salen* TRISTÁN *y* LOFRASO, LEONATO *y* CAMILO, *con rodelas y máscaras en las manos, y pónenselas luego en saliendo.*)

TRISTÁN. Vayan muy quedos, señores.
LEONATO. (Cúbrete, y no le señales.)
¡Suelta las armas, villano,
o morirás!
LUZMÁN. (¡Ah, fortuna,
no hay hora en tu bien ninguna
que no la enturbie tu mano!)
¡Señores, no me matéis,
que soy un pobre español!
CAMILO. Que ya le hemos visto al sol.
LUZMÁN. En fin, que me conocéis.
Basta: veis ahí la espada.

LOFRASO. La capa suelte.
LUZMÁN. ¿También?
TRISTÁN. Jubón y grigüesco es bien,
por que no le quede nada.
LUZMÁN. (¿Cómo esconderé el dinero?)
LEONATO. ¿Qué es lo que en el suelo echó?
LUZMÁN. Nada ¡por Dios!
CAMILO. ¿Cómo no?
Guarde los pies.
LUZMÁN. (Ya, ¿qué espero?)
CAMILO. El dinerillo arrojaba.
LUZMÁN. ¡Señores, dadme la muerte!
LOFRASO. ¡Bueno queda de esta suerte!
TRISTÁN. Desnúdate presto, acaba.
LUZMÁN. Ya, señor, estoy desnudo.
Menos mal fuera morir.
LEONATO. Vámoslo luego a partir.

(*Vanse, y quede* LUZMÁN *desnudo.*)

LUZMÁN. En desesperarme dudo.

¡Venga la muerte! ¡Venga aquí una soga!
¿Posible es que en matarme se acobarda
mano tan desdichada y afligida?
¡Oh, fortuna, del mundo burladora!
¡Oh, vida de los hombres, sueño fácil!
Mas ¿ya qué me atormento? Aquesto es hecho.
Sin duda me espiaron los ladrones
cuando al maestro de las postas iba,
o cuando por señal le di el escudo.
¿Costóme este dinero algún trabajo?
Pues ¿qué he perdido en ello? ¡Oh, gran con-
En esto veo el buen ingenio mío. [suelo!
El que quiere vivir no se dé a penas,
que más vale la vida y más importa.
Isabela me dió aqueste dinero,
y cuatro tanto me dará Isabela.
Esta es su casa; llamo. ¡Ah de la casa!
Decirle quiero todo lo que pasa.

(*Sale* ISABELA *a la ventana.*)

ISABELA. ¿Quién es?
LUZMÁN. Luzmán soy, señora.
ISABELA. ¿Luzmán de noche en camisa?
LUZMÁN. (Ella se muere de risa
de verme en camisa agora.)
ISABELA. No es posible que es Luzmán,
sino alguno que me engaña,
que está camino de España
ese fingido galán.
Y ojalá que yo le viera
para decille el concierto
que hizo del paje muerto,

sus costumbres y quién era,
que sé yo que es un villano
y no Enríquez ni Toledo.

LUZMÁN. (Del todo perdido quedo.
Todo mi negocio es llano.)

ISABELA. A los ingratos y ruines
da el Cielo ese galardón.
¡Bueno le han puesto al ladrón
sus pajes y espadachines!
Váyase a España, galán,
con el oro de Isabela.

LUZMÁN. Como a noble es bien te duela
la miseria de Luzmán.
¡Mira que el llanto me ahoga!

ISABELA. Y es razón y justo celo.
Tome, amigo, ese consuelo.

LUZMÁN. ¡Vive Dios, que echó una soga
y que cerró la ventana!
¡Acabóse! ¡Yo soy muerto!

ISABELA. ¿Hola? ¿Eugenio? ¿Arcadio? ¿Al-
LUZMÁN. Gente llama la villana. [berto?
Huír quiero de la calle.
¡Ah, Dios! ¿Qué será de mí?
¡Pobre estoy! Ansí nací.
Ved mi arrogancia y mi talle.
Sin duda Isabela hizo
que me quiten el dinero.
¡Oh, mujer, animal fiero,
qué presto se satisfizo!
Pero aquí está la francesa,
que me podrá socorrer.—
¡Ah de casa!—Quiero ver
si de mi daño le pesa.—
¿Beatriz?

(*Sale* BEATRIZ.)

BEATRIZ. ¿Quién llama?

LUZMÁN. Luzmán.

BEATRIZ. ¿Aquí vienes? Tú eres muerto.

LUZMÁN. ¿Cómo?

BEATRIZ. Está aquí Filiberto.
Y a fe que vienes galán.
Contóme cómo le hiciste
prender por loco.

LUZMÁN. ¡Ay de mí!
¡Cierra!

BEATRIZ. ¿Cómo andas ansí?
¿Eres ánima?

LUZMÁN. ¡Y qué triste!
¡Bien se traza mi consuelo!
¡Buen camino mi bien lleva!
Sólo me falta que llueva

granizo y piedras del cielo.
Mas Otavia vive aquí,
que fué mi primero amor.—
¡Ah de casa!—¿Qué rigor
del tiempo me trata ansí?

(*Sale* OTAVIA.)

OTAVIA. ¿Quién llama a tal hora?
LUZMÁN. Yo.
OTAVIA. ¿Quién?
LUZMÁN. Luzmán, Otavia mía.
OTAVIA. ¿El caballero del día?
LUZMÁN. Abreme.
OTAVIA. No puedo.
LUZMÁN. ¿No?
OTAVIA. No, pues.
LUZMÁN. ¿Por qué?
OTAVIA. Estoy casada.
LUZMÁN. Y ¿con quién?
OTAVIA. Con Deofrido.
LUZMÁN. ¿Cuándo ha sido?
OTAVIA. Ahora ha sido.
LUZMÁN. Ya no hallo remedio en nada.
OTAVIA. ¿Hante robado?
LUZMÁN. Un traidor.
¿Tienes que me cubra acaso?
OTAVIA. Un caldero de agua.
LUZMÁN. ¡Paso!
OTAVIA. Adiós, señor nadador.

LUZMÁN.

Ya de todo remedio desespero;
dando a mis enemigos mil venganzas,
o aquesta noche me doy muerte o muero
entre temores y desconfianzas.
Pero volverme a mi posada quiero,
que son ya las postreras esperanzas.
Esta es la calle, y esta que veo enfrente (1)
la casa en que me vi con fausto y gente.
Salí a caballo con lacayo y pajes
¡oh, casa amiga, cuando Dios quería,
y agora con afrentas, con ultrajes,
entrar desnudo merecer querría!
¡Que tan presto me subas y me bajes
de un bien a tanto mal, fortuna mía!—
¡Ah de casa!

(TRISTÁN *arriba.*)

TRISTÁN.

¿Quién es?

(1) Así en el texto. El verso es largo: deberá leerse "frente" y no "enfrente".

LUZMÁN.

Tristán amigo,
Luzmán soy, tu señor.

TRISTÁN.

¿Quién?

LUZMÁN.

Luzmán digo.

TRISTÁN.

Pues señor don Luzmán Cerda y Toledo,
Girón, Mendoza, Enríquez, ya es muy tarde,
y ciertamente que bajar no puedo.

LUZMÁN.

¡Mira que me han robado!

TRISTÁN.

No me aguarde.
Váyase a España a hacer algún enredo
el ingrato, villano, vil, cobarde.
"Píllate este doblón, Tristán carísimo."

LUZMÁN.

Abre, amigo Tristán, que estás bonísimo.

TRISTÁN.

"Y Dio ti guardi, que españolo sono,
y mene vollo andar al país lontano."

LUZMÁN.

Abre, que todo aquesto te perdono.

TRISTÁN.

"Ojo el picaño: reveder, Tristano."

LUZMÁN.

Fuése, entróse, no hay más, está en su trono.
Que tengo de irme a un hospital es llano.
En sólo un pensamiento, si se advierte,
rico y pobre me veo ¡ah, triste suerte!

De milagro al fin subí
y por milagro bajé;
grave ejemplo en mí se ve.
¿Qué he de hacer, triste de mí?
¡Ah, humilde fortuna y brava!
A España quiero partirme,
que en Roma podrán decirme:
"Quien mal anda, mal acaba."
Esto es más claro que el sol
que este fin se me aguardaba,
y aquí, senado, se acaba
el arrogante español.

FIN

Seminario Multidisciplinario José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades UPR-RP